

La Ilustración Artística

Año XXXIII

BARCELONA 2 DE NOVIEMBRE DE 1914

Núm. 1.714

PARÍS. - SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES. 1914



EL CUENTO DEL ABUELO, cuadro de E. Boulet-Cyprien

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

SUMARIO

Texto. - *De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. - *Soy un cobarde*, por Eduardo Andicoberry. - *La guerra europea*. - D. Julio A. Roca. - *El Dr. José Evaristo Uribe*. - *Barcelona. Nueva Casa de Correos y Telégrafos*. - *Por casar a su hija* (novela ilustrada; continuación). - *Barcelona. Salón París. Exposición Federico Beltrán*. - **Libros.**
Grabados. - *El cuento del abuelo*, cuadro de E. Boulet-Cyprien. - Dibujo de Luisa Vidal, ilustración al cuento *Soy un cobarde*. - *Monumentos funerarios del cementerio de Milán*. - *La guerra europea. Comandante de artillería dirigiendo el juego desde su puesto de observación*. - *Paso de un convoy de prisioneros alemanes*. - *Oficial aviador comunicando a un general los datos recogidos en un vuelo de exploración*. - *El Dr. Emilio Reymont*. - *Aviadores descansando durante la batalla*. - *El Liceo Jaussón de Saillly*. - *Llegada de heridos al hospital*. - *El general Hirschauer*. - *El gobierno belga en el Havre*. - *Barcelona. Proyecto de la Casa de Correos y Telégrafos*. - *D. José Goday*. - *D. Jaime Torres*. - *El general Julio A. Roca*. - *El Dr. José E. Uribe*. - *Retrato del niño Luis Martí*. *La trianera*, cuadros de Federico Beltrán Massés. - *Vista parcial de la exposición*. - *La guerra europea. El gobierno belga en el Havre*. - *Enseñanza del idioma ruso a los soldados alemanes*.

DE BARCELONA. - CRÓNICAS FUGACES

Alguien ha dicho ya, a estas horas: «Lo que ocurre en la guerra actual, es posible que no lo sepan exactamente más que nuestros hijos.» Razón le sobra para tal aserto. El juicio y aun la simple visión de los contemporáneos discrepan siempre de los de la posteridad, hasta en aquellos casos en que las cosas se desarrollan naturalmente, según factores conocidos de antiguo y sin que se atravesase en ellas nada de extraordinario, de insólito, de no aparecido hasta entonces.

Y, en el conflicto de ahora, ¡cuántos elementos nuevos no han hecho su aparición! En la substancia y en la forma, en el conjunto y en los accidentes, todo ha variado de una manera radical. En primer término nos encontramos frente de una conflagración extendida a más de tres cuartas partes de Europa, con amenaza de propagarse a todo el resto. En segundo lugar, la parte que toman en esa lucha las naciones a ella comprometidas difiere de la que podían tomar antaño, por la vigencia del servicio militar obligatorio y por la simultaneidad de acción que aseguran las comunicaciones actuales. Es decir, que el gravamen de la guerra vienen a soportarlo esta vez, totalmente, en toda su integridad, razas y territorios, movilizadas las primeras y expuestos los segundos a la violencia y al estrago de los ejércitos.

Por primera vez en la época contemporánea, presenciemos en acción el principio democrático del servicio obligatorio y vemos a seis o siete grandes potencias levantadas totalmente en armas. Antes, combatían en su nombre y asumían su representación en los campos de batalla, unos ejércitos reclutados con artificio, o por sorteo, o mediante compromiso voluntario, que dejaban intacta una gran parte de la población y no afectaban a todas las clases ni mucho menos a todos los individuos. Ahora no: ante el deber supremo de defender a su patria todos son iguales, no existe excepción decorosa más que la del impedimento corporal y lo mismo vale un peón adocenado que un profesor, un filósofo o un artista exquisito, con los cuales puede desaparecer un mundo de ideas o de creaciones irremplazables.

A esta total militarización de las razas corresponde una correlativa militarización de territorios, hija del desarrollo y perfeccionamiento de los medios de locomoción por mar y tierra. Antaño, las campañas, los progresos, las invasiones de los ejércitos eran lentas y sucesivas; ahora son rápidas y simultáneas. Antaño, a la dificultad de las comunicaciones se añadía la relativa limitación de los contingentes, y una guerra en que tomaban parte doscientos mil hombres parecía colosal y sin precedentes; ahora combaten ocho o nueve millones de hombres, con un radio de alcance que en tres días les permite cubrir toda la superficie de Europa o llegar a sus puntos extremos desde las zonas de concentración.

A este aspecto numérico y de extensión superficial hay que añadir el de la evolución de los armamentos y medios ofensivos. Si lo primero ha decuplicado de cien años acá, lo segundo ha centuplicado en rapidez, en alcance, en poder mortífero y destructor. El tiempo que se empleaba hace un siglo para cargar un fusil o un cañón, basta ahora para hacer veinte o treinta disparos de la misma arma, más certeros, más eficaces, a distancias infinitamente mayores; de manera que al número y a la superficie corresponde igualmente la frecuencia y la intensidad de todas las formas de lucha; y ello junto explica esa asombrosa progresión geométrica que han seguido las colisiones entre pueblos y los estragos que se siguen de ellas actualmente, agravados por el hecho de haber surgido también, durante el siglo

pasado, una notoria organización internacional o sobrenacional para las relaciones mercantiles, bursátiles, ferroviarias, científicas, etc., etc., que queda rota *ipso facto*, con rotura que repercute instantáneamente en todos los rincones del planeta.

¿Se va comprendiendo poco a poco la abrumadora novedad y gravedad del hecho histórico que estamos presenciando? Pues a esa gravedad y novedad del conjunto se añaden todavía las de una porción de pormenores, que no permiten juzgar de la guerra actual según las normas o criterios formados en las anteriores y que han derogado todos los principios, todas las máximas, toda la metodología antigua. Así, por ejemplo, la navegación aérea, más en su aspecto de exploración que de arma de combate. Una gran parte de la estrategia y la táctica tradicionales se ha venido abajo por consecuencia de ese medio de inspección. Las sorpresas, los movimientos envolventes, las falsas maniobras o «diversiones» se van haciendo cada vez más imposibles. El mismo número de los combatientes obliga a desplazamientos antes inauditos, que se extienden de frontera a frontera de la nación como una valla viviente, erizada de bayonetas y bocas de fuego. En frente de esa valla se coloca otra de proporciones análogas que empuja con tanta obstinación como la primera resistente; y la doble línea culebrea, con movimientos ondulatorios y de flexión, hasta que una de las dos vallas cede y se quiebra...

De este modo el problema estratégico se restituye, poco a poco, a su condición primitiva de problema mecánico, de problema de fuerza, resistencia y ponderación, pasando a segundo término los ardides, estratagemas y celadas del arte tradicional, como si en este nuevo género de lucha la potencia de cada nación representada por sus tres factores: número de combatientes, armamento y valor fuese puesto en contraste, como en una báscula, con la de su rival.

Esto en cuanto a la guerra en sí misma, que por lo que se refiere a las noticias que de ella llegan al público la transformación no ha sido menos radical. La extensión de los frentes de combate, que alcanza a veces doscientos o trescientos kilómetros de desarrollo, haría imposible, por sí misma, toda información de conjunto a los corresponsales periodísticos de la vieja cepa, si éstos hubieran podido seguir, como antaño, a los respectivos Estados mayores.

Esta vez se ha prohibido el acceso de los periodistas al cuartel general y aun a la línea de fuego en formas de tal restricción que todo trabajo de esa índole se hace imposible aun contando que pudiera salir bien librado de la censura al pasar por correos. Con ese desarrollo de los frentes de batalla, lo que un hombre, por hábil, valeroso y entendido que lo suponemos, alcance a ver, será siempre una cosa fragmentaria, descosida y sin coherencia: un pequeño sector que no dará idea de los conjuntos y que aun ayudará a obscurecerla en algún caso. Baste decir que los mismos cuarteles generales de donde emana la dirección, de donde salen las órdenes y a donde convergen los partes y las noticias no suelen situarse a menos de unos veinticinco o treinta kilómetros de aquella, como punto más a propósito y equidistante para asegurar la coordinación de los informes y de los movimientos, la unidad de objetivo.

Desde la guerra de Crimea los corresponsales militares constituían en la tradición de los grandes periódicos de Europa una verdadera especialidad profesional, que se completaba, antes del triunfo del fotograbado, con los dibujantes o corresponsales artísticos y después de dicho invento con los corresponsales fotográficos. Notables reputaciones y aun pingües sueldos y fortunas se conquistaron entonces en dicha profesión, que tuvo alimento sobrado durante la guerra francoprusiana de 1870 y sucesivamente durante la rusoturca, la del Transvaal, la ruso-japonesa y últimamente en la balcánica. Todo eso ha desaparecido en la actual conflagración. Los corresponsales de guerra propiamente dichos descansan o siguen el curso de los acontecimientos en las mismas redacciones, de una manera sedentaria, sobre atlas Perthes o sobre las cartas militares, según los comunicados oficiales de los mismos gobiernos. A lo sumo, se acercan a la línea de los combatientes y merodean en la zona de fluctuación con no pocos peligros, compensados sólo por la nota pintoresca que recogen en las poblaciones evacuadas.

Se dice que en esta determinación de los generalísimos, rompiendo con la inveterada costumbre, ha influido de una manera decisiva el recuerdo de Sedán, derrota achacada en gran parte a la indiscreción de los periódicos mediante la cual el enemigo pudo hacerse cargo de la situación del ejército francés, buscado aquellos días inútilmente. A esto obedece también la prohibición comunicada a jefes y soldados de indicar en sus cartas el lugar de su re-

sidencia lo mismo que el determinar la jefatura del cuerpo de ejército o unidad militar a que se refiera uno relacionándolas con territorio determinado. Claro es que semejantes precauciones obedecen a conveniencias militares muy justificadas. Pero creo que a más de este servicio debe agradecerseles otro mucho mayor, en el cual no se pensó y que hubiera llegado a hacerse indispensable.

Jamás el horror material y físico de la guerra había alcanzado un exponente como el de ahora. Por las razones de número, de frecuencia, de extensión y de intensidad que he ido apuntando más arriba, el estrago es ahora como no pudo ser nunca en cuanto alcanza la memoria de los hombres. Muertes, heridas, mutilaciones espantosas, arrasamiento de ciudades, incendios, voladuras, todo eso deja un rastro material que, entregado a la plena información literaria y gráfica, permitiendo el libre e inmediato contacto de los representantes de la opinión con esa zona satánica del exterminio, del dolor y de la podredumbre, había de acabar deprimiendo profundamente la moral y el patriotismo de quienquiera que fuese y produciendo náuseas a la humanidad.

Substraerles, por tanto, la visión, el recuerdo y la imagen corporal de estas estupendas y repugnantes carnicerías es algo indispensable por ventura a la disciplina de los ejércitos y de las naciones, que no acertarían a encubrir con los laureles de la gloria ni con las satisfacciones del triunfo la revulsión de entrañas y el grito de horror que provocan en todo temperamento sano. Sin ese vacío la guerra moderna se hiciera casi imposible. Sin evitar con cuidado la reacción de la sensibilidad colectiva, no pudiera pensarse ahora ni en patrias ni en heroísmos ni en desquites ni en luchas por la independencia nacional.

Pero, ¿quiere decir esto, por ventura, que estemos presenciando ahora la última guerra y que después de ésta ya ninguna más haya de ofrecer materia de execración a los historiadores futuros? De ningún modo. Eso dicen actualmente algunos ilusos. Eso se dijo ya a raíz de 1870. Eso se había dicho después de Waterloo. Pero yo no alcanzo a ver por ningún lado ley histórica alguna que permita augurar semejante extinción de los conflictos armados y en cambio fuera fácil señalar signos contrarios que suponen una aceleración e intensificación de la lucha en nuestra desventurada especie. El mismo horror de que hablaba poco ha quedará olvidado en breve y sólo ahora tendría efecto si fuera bien conocido.

La vida sigue sus leyes, independientes de la razón o dependiendo de ella en una proporción harto más insignificante de lo que presumimos hasta aquí y de lo que seguiremos presumiendo en adelante. Porque también esto, también esta experiencia del predominio de lo biológico sobre lo racional, será muy pronto olvidado, para volver a las andadas de nuestras ideologías, de nuestros ensueños, de nuestros delirios utópicos. ¿Es esto negar la perfectibilidad humana y persuadir la ineficacia de la civilización? Ni esto ni aquello. Quiero decir que hay que templar esas aspiraciones ideales y esas construcciones de la razón pura edificando en el espacio sin inconvenientes, obstáculos, impurezas ni cortapisas, con el sentido de la vida, con el tacto que nos hace valorar y distinguir lo posible de lo ilusorio y que nos conduce a concentrar nuestros esfuerzos sobre la zona de la posibilidad, abandonando el vacío, el abismo de las abstracciones...

Y he aquí que llego al final de esta crónica barcelonesa y observo que nada he hablado de los asuntos locales - por otra parte inconsistentes y de segundo orden - a que me proponía converger después del preludeo. El preludeo lo acapara todo. No se habla más que de la guerra. Todo gira a su alrededor, todo es comentario directo o indirecto de ese drama enorme, el más enorme que la tierra ha soportado, después del Diluvio como se ha dicho ya.

La conflagración de los grandes pueblos de Europa ha borrado la añeja y circunstancial actualidad. No hay más actualidad que ésa. Y sólo las gentes frívolas, los inconscientes o los desalmados tan sólo, pueden echarla en olvido y gozar en paz sus horas, sus estudios, sus juegos. Hay algo de impiedad en inhibirse de ese gran dolor, cuando si aplicásemos el oído sobre la dura costra de la tierra, oiríamos en lo profundo el fluir de un río de sangre.

MIGUEL S. OLIVER.

La Sal Natural de Sprudel
 de **Carlsbad**
 es la única legítima Sal de

SOY UN COBARDE, POR EDUARDO ANDICOBERRY, dibujo de Luisa Vidal



... restregóse una y otra vez contra la falda de su dueña

... La luz, recogida en la invertida taza verde de la pantalla, al reflejar sus transparencias daba al ambiente un sutil encanto confidencial, propicio para la confesión de todos los anhelos. Pero en la actitud en que el matrimonio se había colocado, el claroscuro era contraproducente, los sumía en la propia indecisión que experimentarían dos ejércitos enemigos al saberse cercanos en una noche nublosa. El, tratando de esquivar una disputa que seguramente agravaría la situación, hojeaba, sin interés alguno, una revista ilustrada que halló a mano; y ella, despechada por lo insólito del trance, habíase sentado con aire provocador en un diván y, cruzados los brazos, cabalgando un muslo sobre otro, imprimía a sus piernas una nerviosa vibración que hacía crujir el maderamen del pavimento.

Así permanecieron unos minutos, esforzándose por no respirar fuerte, temerosos de hablar; pero con un mutuo deseo de romper el enojoso embarazo de aquel silencio, en el cual se hacían más solemnes la isócrona continuidad del tictaqueo del reloj y el tamborileo de la lluvia sobre los vitrales.

Entró el gato en la estancia - el amado Micifú de blancor sedoso en cuyo cuidado ponía Aurora tanto esmero - y con plañideros maullidos, enarcando el lomo y esponjada la pelambre del rabo, restregóse una y otra vez contra la falda de su dueña, mientras sus ojos fosforescentes la imploraban caricias que ella, siempre pródiga y mimosa, le negó en tal ocasión, rechazándole con violencia.

- ¡Era lo que me faltaba!, dijo mirando rencorosa al esposo. ¡Que vinieras tú a estropearme el vestido!

Pero Rafael continuó imperturbable, hojeando el periódico, en tanto el felino, tras de lamentarse con mayor que más era de extrañeza que reproche, se acurrucó bajo una silla y comenzó a lamerse sus patitas pulcras, para pasarlas luego por el sonrosado hociquín... Aurora tuvo lástima de su Micifú, cuya docilidad no le hacía merecedor de tan cruel menosprecio, y enternecida, estableció mentalmente un

paralelismo sentimental entre su situación y la del gato. Le llamó cariñosa, y cuando saltó a sus rodillas, besó con efusión aquel hociquito fresco, en un desbordamiento de ternura que le humedeció los ojos. ¡Ah, si su Rafael hubiera tenido para la gatita mimada el espontáneo arrepentimiento con que ella correspondió al injusto desdén de que hizo víctima a su Micifú! Igual que éste se esponjaba toda en zalameros halagos y olvidaría sus resentimientos con un generoso perdón...

Pero el esposo seguía impasible en aquel mortificante interés puesto en unas páginas que ya debía saber de memoria a juzgar por las veces que hubo de repararlas. En verdad, la actitud de Rafael era inexplicable. Hasta unos días antes nunca lo vio así. Por el contrario, siempre tuvo para ella halagos y delicadezas que ponían de relieve su mucho amor. Más que luna de miel, fué para ellos el «viaje de novios» juego de chiquillos que, luego de unos años sin verse, rememoran cosas pretéritas, complaciéndose en comunicarse sus impresiones sorprendidos de ellas con jubilosa ingenuidad.

Aurora, demasiado temprana para darse cuenta de la trascendencia del matrimonio, sólo vivía para imaginar travesuras infantiles; y Rafael, gozoso de verla tan niña, fingíase estar en aquellos años mozos de trapisondas de colegial y refrendaba con su beneplácito las más disparatadas ocurrencias. Pero, desde que tornaron a Madrid, parecía otro hombre. Aquellas expansiones juveniles y aquel su constante regocijo, desaparecieron de súbito, sin causa aparente que lo justificara. Huyó la alegría de su rostro; su jovialidad convirtiéndose en circunspección. Como si un perenne remordimiento le atenazara la conciencia, frecuentemente se abismaba en dolorosas meditaciones, de las que quedaba tembloroso y desencajado, desalentado y distraído para cuanto no fuera «aquello» que tanto le inquietaba. Apenas comía - él, que tan buen apetito tuvo siempre -; dormía mal y lloraba en sus pesadillas con inconsolable congoja.

Peró lo que más llegó a preocuparla fué aquella frase «Soy un cobarde» tantas veces repetida en la turbulencia de sus sueños. Decididamente, algo muy grave ocurría a Rafael. O le ocultaba un secreto terrible o padecía una neurastenia peligrosa. ¿Por qué, si no, aquella palidez tan intensa cuando le llevaban el correo y aquel afanoso preguntar por él cuando pasaba la hora en que el cartero solía llegar?..

Hasta aquella mañana, ni por asomos apuntó a su imaginación la duda de la fidelidad del esposo. Tenía el convencimiento de que Rafael era incapaz de ultrajarla con celos infundados ni mucho menos posponiéndola a otra. A pesar de la conturbación de su ánimo, él había procurado siempre manifestarse pasional y tan enamorado como de costumbre. Pero el desdén con que la acogiera al llegar de la calle, cuando ella corrió hacia él para ofrendarle la amorosa regalia de sus labios rojos, llevó a su corazón la inquietud. ¿Habíase cansado ya de su Aurora? ¿Añoraba su perdida libertad de soltero? ¿Le encadenaba a otra mujer algún compromiso irrompible? Todas estas preguntas barajaba febrilmente, temerosa de contestarlas con una afirmación. Y en aquel silencio, que gravitaba hierático como la terrible espada de Damocles, creía ver cosas que se esbozaban nebulosamente en su espíritu, tomando la forma de presentimientos tajantes, a cuyo maleficio temblaba toda ella con el corazón agobiado por un infinito deseo de llorar...

Rafael levantó la cabeza y, luego de mirar el horario, preguntó:

- ¿No han traído cartas?

- No; todavía es pronto, respondió Aurora tiernamente, húmeda la dulce vocecita por la tristeza de su alma ingenua.

Y añadió con blandas inflexiones de queja:

- ¿Me crees capaz de secuestrarte el correo?

Rafael nada dijo. Abandonó el periódico y hundió el rostro entre las manos...

Ante su dolor olvidóse Aurora del suyo para acudir solícita y suplicarle, rodeándole el cuello en un amoroso abrazo:

- Dime qué te pasa..., por qué sufres..., por qué me haces sufrir... Me muero de angustia, me matas, Rafael mío...

Y rompió a llorar, convulsa y trémula, en un llanto de niña desencantada.

Ante aquellas lágrimas tan sinceras, de las que sólo él era culpable, en vano se esforzó el contrito para que cesaran, pues que abandonándose también a la congoja, acuciaba los sollozos de su mujercita.

- Confiate a mí, decíale ella dulcemente, con un misericordioso propósito de consolación. ¿Dudas de que pueda guardar un secreto?.. ¿No?.. Pues, entonces...

Pero Rafael, como si cada lágrima ejerciera a modo de succión para atraer a los ojos el caudal de su llanto, no daba tregua a su congoja y replicaba, mesándose cruelmente los parietales:

— No, no puedo, Aurora, no me obligues... Es monstruoso lo que me pasa... Huye de mí, no quieras saber ese terrible secreto que me hace aborrecible a mis propios ojos... Soy un cobarde, sí, un cobarde indigno de perdón... Te horrorizarías de mi crueldad... ¡Oh, Aurora! ¡No quieras saber cuál es mi crimen!.. Ese secreto es un cáncer incurable que roe en mi vida y cuyo tormento acabará conmigo... Soy un maldito, sí, un cobarde... Lo fui siempre, Aurora, lo fui siempre...

Pero ella, amorosa y sensitiva, acudía a los más persuasivos resortes de la súplica, prometiéndole por anticipado perdón para sus culpas todas, por muy horribles que fueran. Rafael denegaba tercamente, con nerviosa exaltación, repitiendo una y otra vez la enigmática frase. Al fin pudieron más los insistentes ruegos de Aurora — ¿qué no conseguirá una mujer? — y el esposo, en un supremo esfuerzo que enrojeció su rostro de vergüenza, decidióse a confesar «su crimen».

... Se había casado con ella sabiendo que su hermano Julio la adoraba locamente. Cuando Rafael comenzó a cortejarla, Julio le declaró su pasión, suplicándole que abandonara sus propósitos de noviazgo, ya que en ellos sólo había un prurito donjuanesco. Y él, en vez de complacerle, no creyéndolo tan apasionado, prefirió reñir con su hermano a renunciar a sus planes. Cuando, con la venia paternal, se formalizaron las relaciones, de nuevo Julio le suplicó que desistiera y hasta hubo de amenazar, exaltado y lloroso, con cometer una locura. Pero entonces era tarde ya —

porque lo que empezara como motivo de divertimento, acabó en ser un amor intensísimo que ocupaba toda su vida — y poco generoso, atendió más a los impulsos de su egotismo que a los deberes de fraternidad. Al efectuarse la boda, Julio, desesperado, huyó..., dijo que se marchaba a América... Luego, nada se supo de él...

Pero un día, recién llegado el matrimonio a la corte de vuelta del «viaje de novios», Rafael leyó en un diario un cablegrama que decía: «En aguas de Santa Cruz de Tenerife ha aparecido flotando el cadáver de un hombre, en estado de descomposición. Ha sido imposible identificarlo por carecer de documentos. Sus ropas interiores tienen las iniciales J. C. Por la calidad de las prendas se supone que la víctima perteneció a clase bien acomodada. Los médicos que han practicado la autopsia han manifestado que el cadáver ha estado sumergido bastante tiempo y que, sin duda, no ha salido antes a flote por haber quedado sujeto entre algunas rocas.»

Esta fué la noticia que tan radicalmente hizo cambiar de carácter a Rafael. Suponía que aquellas letras correspondían a su hermano, de cuyo suicidio se juzgaba responsable. La conciencia de esta culpabilidad fué la que engendró su cobardía, obligándole a callar el trágico suceso, sin atreverse a hacer ninguna diligencia encaminada a comprobar la veracidad de su suposición, puesto que bien pudieran obedecer sus temores a coincidencia de iniciales. Y era que prefería la duda a la certidumbre — aunque ésta quizás fuese la tranquilidad —, porque así creía

tener un pretexto para acallar los gritos de la conciencia que le acusaba de Cain...

A medida que narraba sus dolores, Rafael iba debilitándose, como si cada palabra fuera una disciplina que le flagelase el rostro sin compasión.

desdentadas y cómo de las cuencas de vuestros esqueletos salen fosforescencias que llegan hasta mí, quemándome intensamente, sin que yo — encadenado a amarras invisibles — pueda huir para librarme de ese horrible suplicio... ¡Oh, Aurora, esto no es vivir! Padezco una locura de la que soy consciente y de la que quizás curaría si no tuviera ese miedo insuperable a conocer la verdad... ¡Soy un cobarde, Aurora, un cobarde sin ninguna disculpa!

Calló.

Rendido al dolor del recuerdo jadeaba como si hubiera soporado una larga carrera por abruptas montañas.

Ella, temblando de terror, callaba también, comprendiendo la magnitud de aquella tragedia cuyo epílogo temía adivinar...

Sonó el timbre de la puerta...

Poco después, la criada entraba el correo...

Avidamente, Rafael lo tomó en sus manos y ante una carta de estrecho sobre con membrete consular, palideció...

Discreta, Aurora habíase distanciado y observaba todos los detalles...

El rasgó la envoltura y leyó afanoso, trémulo...

A medida que avanzaba en la lectura, su gesto se iba dulcificando, despejábanse las arrugas de su frente y en sus labios se esbozaba una sonrisa, hasta que terminó por reír en una estrepitosa carcajada que llenó a la cuitada de la más viva inquietud, por su temor de que se hubiera vuelto loco.

Desconfiada, nerviosa, inquirió las causas de aquel insólito júbilo; pero Rafael, lejos de responderle, reía

cada vez más, sumiéndola en dudas cruelmente espantosas.

Era una risa epiléptica, amagadora de congestión, tan intensa y continuada, que Aurora ya no dudó de la locura de Rafael.

Y cuando deshecha en llanto disponíase a reclamar el auxilio de la servidumbre, ocurrió algo que ella no podía presumir.

Su esposo, reteniéndola amoroso, la sentó sobre sus rodillas y, sin cesar en su extremado contento, le dijo:

— ¿No te decía yo que era un cobarde? Toma... Lee... Esta carta te lo probará. Julio, no sólo no se ha suicidado, sino que me anuncia que es Canciller del Consulado Español y que se casará en breve... ¿Es gracioso, verdad? Mi tragedia no ha pasado de ser un cuento a lo Egard Poe. ¡Y sin embargo, ha vivido en mí con abrumadores caracteres de realidad! Así ocurre con casi todas las tragedias de la vida. La mayor parte de ellas son obras de cerebros enfermizos, eternamente amedrentados y no tienen de trágico más que el ridículo en que nos hacen caer... ¿No crees tú lo mismo?

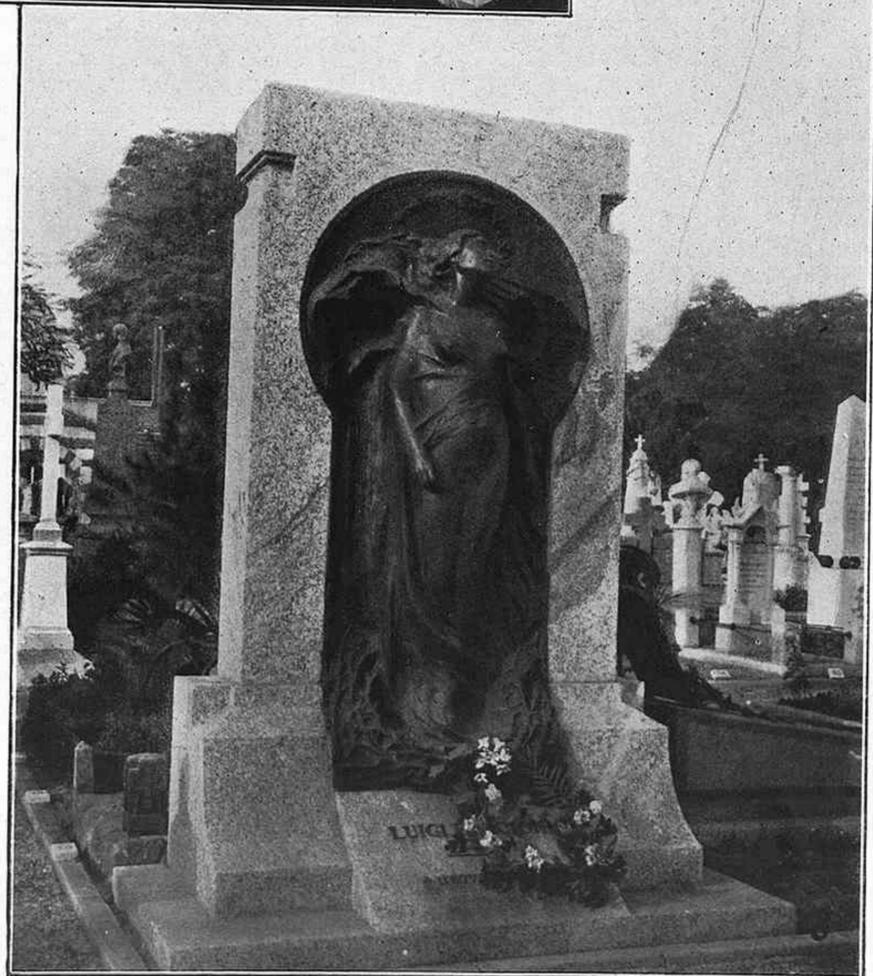
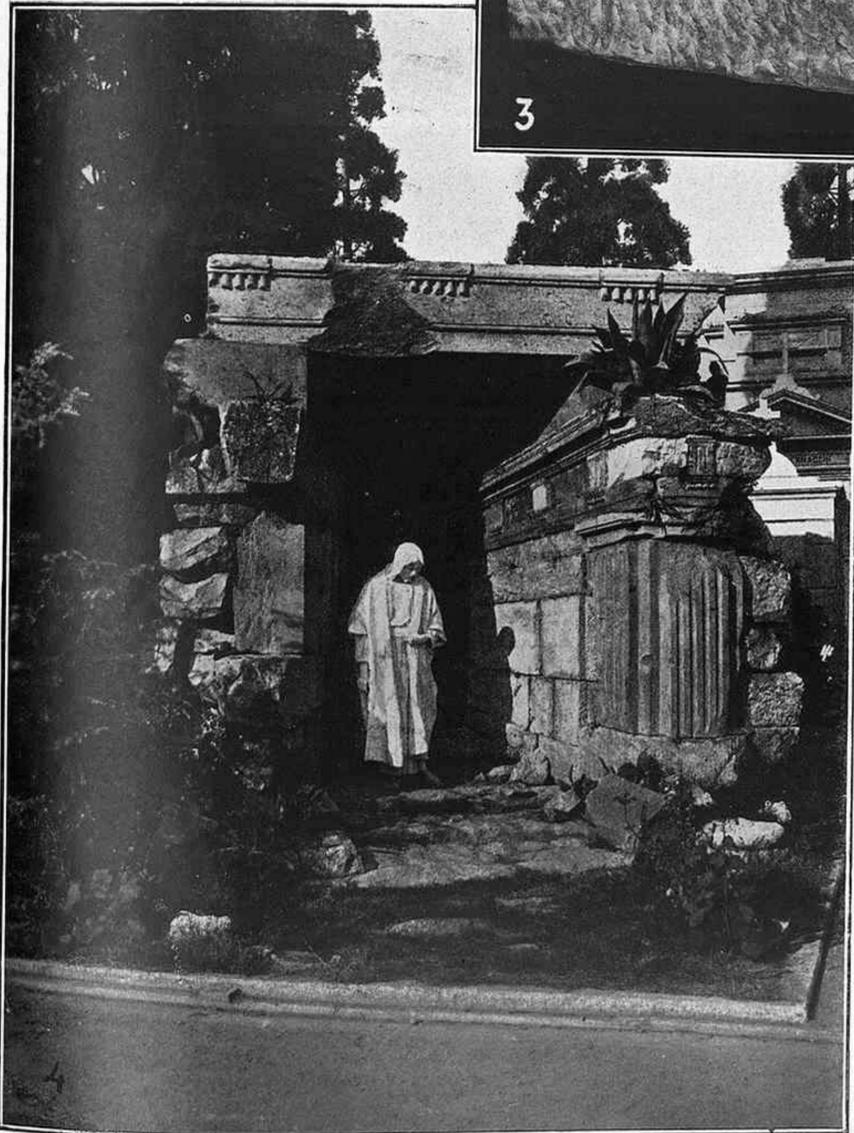
Aurora, suspirando fuertemente, cual si en aquel suspiro diera escape a todo el terror que experimentara, se limitó a responder, juntando su bella carita de ingenua a la del esposo:

— ¡Chiquillo, qué rato me has hecho pasar!..



Monumento funerario en el cementerio de Milán, obra de Juan Dammann

— Sí, he sido un cobarde, lo fui toda la vida... No he tenido valor para renunciar a tu cariño, a ese cariño que robé a mi hermano, y por eso, cuando voy a besarte, me creo incestuoso, miserable, porque tus besos no me pertenecen, porque toda esa felicidad que yo he disfrutado ha sido a costa de mi fratricidio... Sí, soy un cobarde... Yo pude renunciar a ti cuando aun no te amaba; pero, entonces, tú eras una solución para mi vida: con tu fortuna, mi porvenir, que tanto me asustaba antes, estaba asegurado. ¿Lo ves? ¿No es eso cobardía?.. Poseyendo una carrera, temía, sin embargo, al fracaso; no me juzgaba con fuerzas para luchar... Esa desconfianza en mis aptitudes me empujó hacia ti. ¡Oh, qué cara me cuesta mi cobardía, Aurora de mi alma! ¡Si supieras cómo sufro! ¡Qué noches más horribles!.. Veo al espectro de Julio que avanza hacia mí, con risa sarcástica, para besarme las manos, teñidas de su sangre. Y luego, exprimiendo su corazón en una copa que huele a azufre, me obliga a beber su contenido hasta la última gota... ¡Oh, qué pesadillas tan crueles! Su sangre me sabe amarga, muy amarga, me quema los labios... Pero tiene un extraño conjuro que me impulsa en locos arrebatos a besarte con insaciable sed, y a cada beso mío, como una maldición, aparece en la blancura de tu cuerpo una llaga repugnante, que unos gusanos más repugnantes todavía van perforando, hasta que toda tú desapareces en un horror de lepra... Entonces, tu espectro se une en un apretado abrazo al de Julio..., y oigo cómo chocan en un beso infinito vuestras bocas



1. La plegaria de la inocencia, obra de Pellini. - 2. Santa Magdalena, obra de Penna. - 3. El Dolor, obra de Galli. - 4. Saliendo del templo del pasado, obra de Brogi. - 5. Ascensión del alma al cielo, obra de Rescaldani

LA GUERRA EUROPEA

Desde hace muchos días toda la atención que despierta la actual lucha hállase concentrada en los sucesos que se desarrollan en el Noroeste de Francia y sobre todo dentro del territorio belga, en donde están situados los extremos del ala izquierda de los aliados y del ala derecha de los alemanes. Éstos han concentrado allí numerosos contingentes aumentados con las fuerzas que operaron contra Amberes y con otras que, según parece, han sacado del teatro de la guerra oriental, con el propósito sin duda de acercarse a la costa del Mar del Norte y apoderarse del puerto de Dunkerque, para tener una base de operaciones contra Inglaterra.

Continuos y encarnizados combates se han librado y se están librando aún actualmente en aquella región, pudiendo afirmarse, sin que la frase resulte exagerada, que se disputa allí el terreno palmo a palmo. Violentos en extremo han sido los ataques de los alemanes; pero a la energía del empuje ha correspondido el vigor de la resistencia de los aliados, que ni por un momento han ofrecido en sus líneas un punto débil por donde pudiera introducirse el enemigo y amenazarlos con un movimiento envolvente. Y si los alemanes han conseguido pasar el río Lys y el canal de Iprés, y rechazado a los aliados, en algunos sitios, como al Oeste de Dixmude y Lila, no ha sido sin sufrir pérdidas enormes y sin que, a su vez, los aliados ganasen terreno en varios puntos, especialmente al Este de Armentieres

y entre esta población y Lila, y rechazasen con éxito en otros las terribles acometidas de su adversario.

En estos combates, la acción de los aliados se ha visto apoyada por una escuadrilla inglesa, armada de poderosas piezas de artillería que cañoneó vigo-

digno de mencionarse. Los aliados han realizado ligeros avances en la región de Saint-Mihiel, en los bosques del Argonne y en la Woewre meridional, y conseguido algunos éxitos parciales en la región de Verdún y de Pont-a-Moussón, es decir, en el extremo de su ala derecha.

Menos clara, como de costumbre, a consecuencia de la vaguedad y contradicción de las noticias, se presenta la situación en el teatro de la guerra oriental, o sea el en que luchan alemanes y austriacos contra los rusos. Para dar cuenta de ella, seguiremos, pues, el mismo procedimiento en las anteriores crónicas adoptado, apuntando los hechos más salientes de las notas facilitadas por cada uno de los beligerantes.

Noticias de origen ruso: los alemanes que habían llegado a Varsovia hubieron de retirarse precipitadamente, abandonando sus posiciones defensivas y siendo perseguidos por el ejército ruso; los rusos prosiguen vigorosamente su ofensiva en todo el frente, si bien la orilla izquierda del Vístula, en el radio de Sandomir, continúa ocupada por el enemigo.

go; las tentativas de los austriacos para franquear el río San, al Norte de Yaroslav, han sido contenidas por los rusos, que han pasado a tomar la ofensiva; los rusos hacen notables progresos en Ivangorod y al Sur de Przemysl; en Galizia las fuerzas moscovitas oponen enérgica lucha al empuje de las fuerzas enemigas procedentes de la Prusia oriental; los rusos han derrotado a los alemanes al Norte y al Sur del



Comandante de un grupo de artillería dirigiendo el fuego de ésta desde su puesto de observación. A su lado el telefonista encargado de transmitir sus órdenes a los jefes de batería. (De fotografía de Rol.)

rosamente el ala derecha alemana y causó a ésta considerables pérdidas, obligándola, además, a alejarse de la costa. Los alemanes contestaron con cañones de grueso calibre al fuego de los buques ingleses, pero sin ocasionar a éstos daño alguno de importancia, por ser aquellas piezas de menos alcance que las de los barcos.

En el resto del frente apenas ha ocurrido nada



Paso de un convoy de prisioneros alemanes por una carretera



Un oficial aviador comunicando a un general los datos recogidos en un vuelo de exploración sobre las posiciones de los alemanes

Pilitza y a los austriacos al Sur de Przemysl, y a unos y a otros en la región de Radom; una columna austriaca que desembocaba de los Cárpatos sobre Dolina ha sido derrotada; los rusos han franqueado el Vístula al Sur de Solec, obligando a los austriacos a replegarse; han fracasado todos los esfuerzos de los alemanes para tomar de nuevo la ofensiva en el frente de la Prusia oriental.

Noticias de origen alemán y austriaco: en la Galizia central los rusos han sido derrotados por los austro-alemanes; las tropas alemanas avanzaron en el Norte siguiendo al enemigo, que se replegó en Ossowiec, y rechazaron los ataques rusos al Oeste de Augustow, cogiendo gran botín de material de guerra; cerca de Ivangorod, dos divisiones rusas fueron completamente derrotadas, perdiendo 3.600 prisioneros.

Según noticias de procedencia inglesa, las fuerzas que los alemanes y los austriacos tienen en el frente del teatro oriental de operaciones que se extiende en una línea de más de 400 kilómetros, ascienden a 2.600.000 hombres; las de los rusos, a poco más de 2.000.000.

En la lucha entre austriacos y servio-montenegrinos, no ha ocurrido ningún suceso importante; únicamente merece citarse el de que los servios y montenegrinos que operan en Bosnia, han tenido que retirarse a sus posiciones al Oeste de Visegrad a consecuencia de los fuertes ataques del enemigo.



El Dr. Emilio Reymont, senador por el Loire, que prestaba sus servicios como aviador militar y ha muerto en Toul a consecuencia de las heridas que recibió del enemigo mientras efectuaba un vuelo de reconocimiento sobre las líneas alemanas.



Aviadores descansando durante la batalla después de haber practicado un reconocimiento. En el montón de heno, delante del gendarme, se ve el aparato telefónico. (De fotografías de Rol.)

Continúa el bombardeo del puerto de Cattaro por las baterías montenegrinas desde tierra y por la escuadra franco-inglesa desde el mar. Según noticias procedentes de Montenegro, ha sido destruida una fortaleza y otras fortificaciones

entre los cuales me contaba. Pero el magno ejemplo de valor ofrecido por el finado honra al Parlamento francés. Deseo que este pensamiento os sirva de consuelo en vuestro inmenso dolor.»

han sufrido importantes daños; el arsenal, el cuartel y numerosos establecimientos han sido incendiados; y dos buques de guerra austriacos que intentaron contestar con su fuego al del enemigo, hubieron de retirarse del lugar del combate.

Los austriacos dicen que Cattaro resiste heroicamente los ataques de los aliados desde hace cerca de tres meses; que ni uno solo de sus fuertes ha caído en poder del enemigo; y que la flota del almirante Lapeyriere, muy superior a las fuerzas austriacas, se limita a pasearse por el Adriático, evitando el acercarse a Pola, donde se halla el grueso de la escuadra austriaca.

En aguas de la costa holandesa, el destructor inglés *Badger* atacó y hundió a un submarino alemán. En aguas del Mar del Norte, el submarino inglés *E-3* ha sido echado a pique por un buque enemigo.

En Toul ha fallecido recientemente el Sr. Reymont, senador por el Loire, y que prestaba servicio

como aviador en el ejército francés.

El Sr. Reymont fué mortalmente herido por los alemanes mientras practicaba un reconocimiento sobre las posiciones de éstos en la región de Toul, después de un violentísimo combate. A pesar de su herida, tuvo suficiente presencia de ánimo para regresar a las líneas francesas y antes de morir pudo dar cuenta del resultado de su misión al comandante general, quien le hizo entrega de la cruz de la Legión de Honor.

El Presidente de la República, Sr. Poincaré, dirigió a la viuda del Sr. Reymont un telegrama concebido en los siguientes términos:

«Os ruego recibáis, señora, mi respetuoso pésame por la pena que os aflige. La muerte heroica y gloriosa del doctor Reymont hiere cruelmente a todos sus amigos, entre



El Liceo Jaussón de Sully transformado en hospital bajo la dirección de la Unión de Damas francesas
La fachada

A consecuencia del número enorme de heridos en los campos de batalla, han tenido que improvisarse multitud de hospitales en toda aquella parte de Francia que hasta ahora se halla libre de los horrores del teatro de la lucha. En las grandes ciudades como en las pequeñas aldeas, todo ha sido sacrificado en aras del mayor bienestar de los que han derramado su sangre por la patria, y ha bastado un llamamiento de las autoridades o de las instituciones filantrópicas para que las poblaciones en masa se ofreciesen con entusiasmo a recibir a los heridos, proporcionándoles cómodo alojamiento y la debida asistencia.

Establecimientos públicos y privados, palacios, quintas, hoteles, casinos y casas particulares, han sido habilitados como hospitales en los que ejercen su santa misión desde la más humilde religiosa a la más linajada dama.

Entre las instituciones benéficas que más se distinguen en esta noble labor merece citarse la «Unión de las Damas francesas». Bajo su dirección funcionan numerosos hospitales, uno de ellos el instalado en el Liceo Jaussón, de Sully, del que reproducimos dos vistas en esta página, y el frente del cual hallanse como administrador general el Sr. Falcouz; como directora, la esposa de éste; como cirujano mayor, el Dr. Le Fur, y como enfermera mayor, la señorita Poirier.

Publicamos en esta página también el retrato del general Hirschauer, a quien el gobierno francés ha nombrado recientemente director de la Aeronáutica militar. Trátase de una personalidad de grandes méritos que posee profundos conocimientos sobre aviación y aerostación y a quien se debe en buena parte la organización en Francia de estos importantes servicios, cuya utilidad para la guerra se está demostrando continuamente en la lucha actual.



El general Hirschauer, nuevo director de la Aeronáutica militar francesa



Llegada de heridos al hospital del Liceo Jaussón

En la página siguiente publicamos algunos grabados referentes a la instalación del gobierno belga en la ciudad francesa del Havre, hecho del que dimos cuenta en una de nuestras crónicas.

El gobierno belga llegó al Havre el día 13 de octubre último en el vapor *Peter de Coninck*, y desde el día antes hallábase el ministro de la Justicia Sr. Augagneur en aquella capital, cuyos habitantes dispensaron a los representantes de la noble y heroica nación aliada la más entusiasta acogida.

En el momento del desembarco estaban en el muelle, además del ministro citado, los Sres. Martin, jefe del Protocolo; Hennión, exprefecto de Policía; Brelet, prefecto del Sena Inferior; el subprefecto del Havre, la municipalidad del Havre y numerosos representantes de entidades y personalidades notables del departamento. Estaban también allí los cónsules de Bélgica y de Inglaterra y el vicecónsul de Rusia.

El Sr. Augagneur con los demás personajes que le acompañaban subió a bordo y saludó al gobierno belga en nombre del Presidente de la República, dándole la bienvenida. Pocos momentos después, los ministros belgas desembarcaron, entre las aclamaciones de la multitud y siendo recibidos con los honores militares correspondientes. Desde el muelle se dirigieron a la

Casa Ayuntamiento, en donde se había dispuesto una recepción en su honor, y luego marcharon a sus alojamientos.

El exprefecto de Policía Sr. Hennión fué el encargado por el gobierno francés de proceder a la instalación de los ministros belgas y de velar por su seguridad.

El ministerio belga se compone de los siguientes miembros: Sr. Broqueville, presidente del Consejo y ministro de la Guerra; Sr. Carton de Wiart, ministro de Justicia; Sr. Davignon, ministro de Negocios Extranjeros; Sr. Berryer, ministro del Interior; Sr. Pouillet, ministro de Ciencias y Artes; Sr. Van de Vyvere, ministro de Hacienda; Sr. Helleputte, ministro de Obras Públicas y Agricultura; Sr. Hubert, ministro del Trabajo y de la Industria; señor Renkin, ministro de las Colonias; y Sr. Segers, ministro de Ferrocarriles, Marina, Correos y Telégrafos.

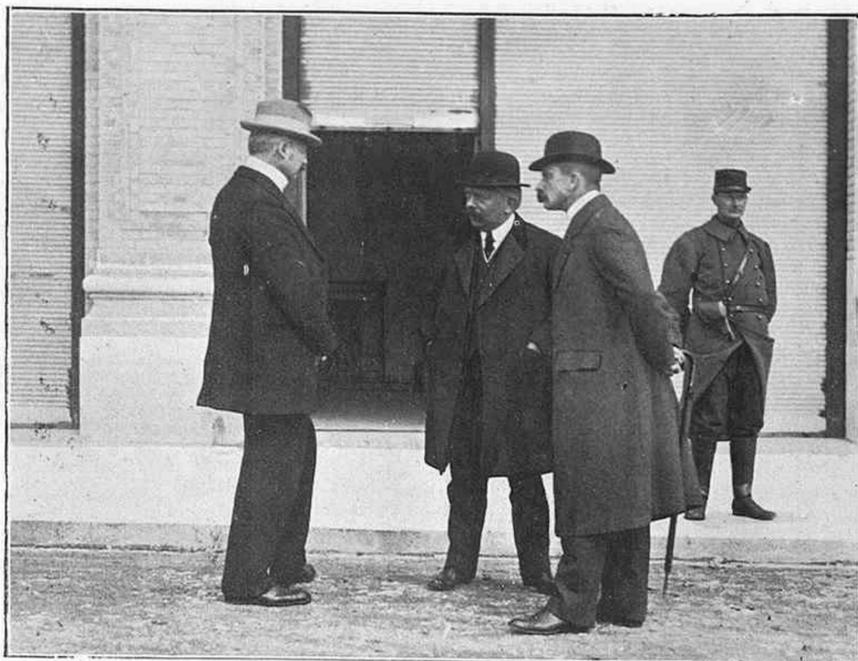
Acompañaban al gobierno los diplomáticos extranjeros acreditados cerca de la corte de Bélgica.

Con el ministerio belga han ido al Havre 225 funcionarios de las administraciones centrales y 125 gendarmes belgas que efectúan un servicio análogo al que en los ministerios franceses desempeñan los guardias republicanos.

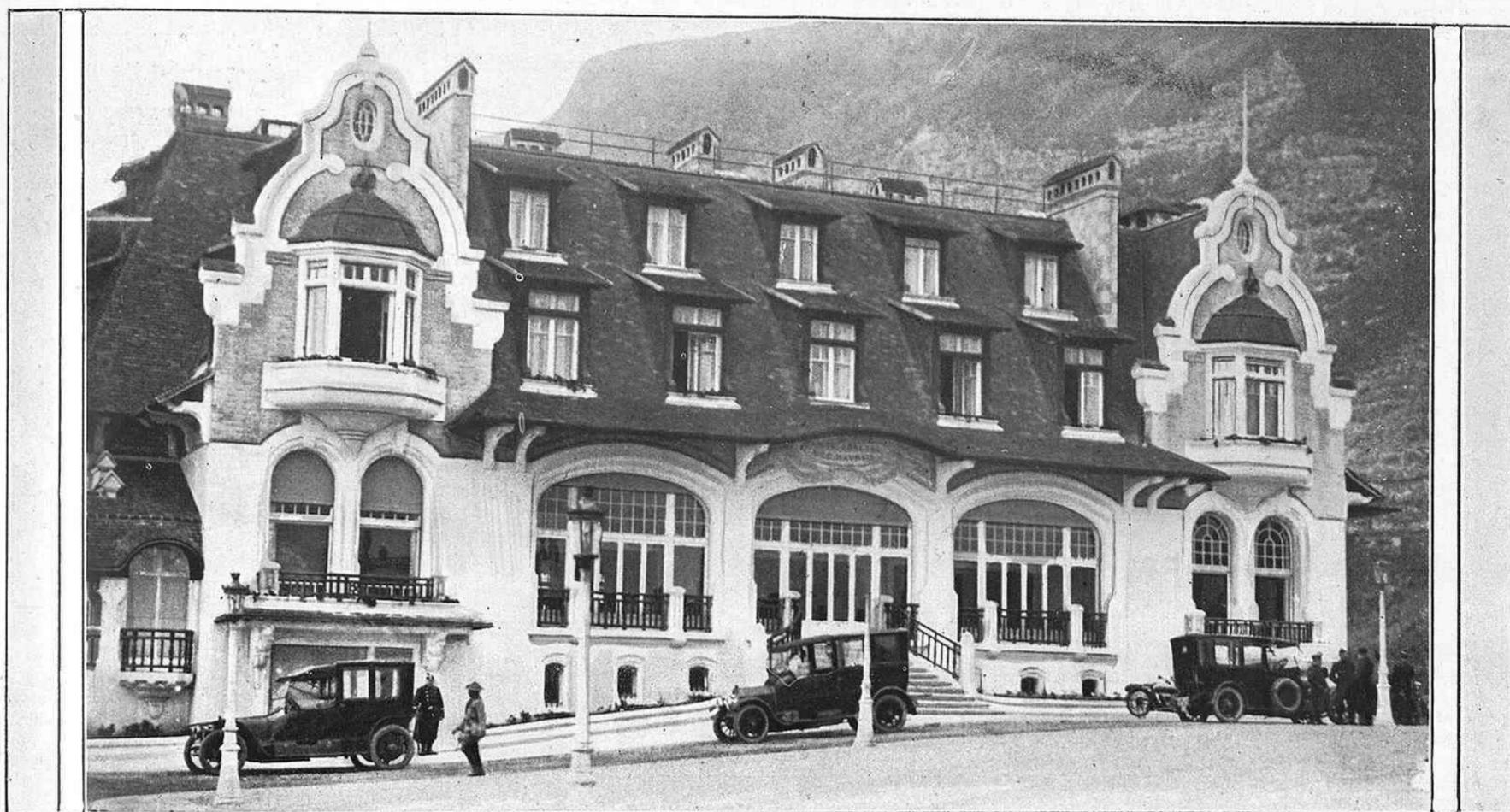
LA GUERRA EUROPEA. - EL GOBIERNO BELGA EN EL HAVRE. (Fotografías de Chusseau-Flaviens.)



El Sr. Cartón de Wiart, ministro de Justicia belga, conversando con el Sr. Henni6n delegado del Gobierno franc6s



Los Sres. Berrier y Van de Vyvere, ministros belgas del Interior y de Hacienda respectivamente



Palacio del Ayuntamiento, residencia actual del Gobierno belga



Oficiales belgas delante del Ministerio de la Guerra



Gendarmes belgas en las calles del Havre

D. JULIO A. ROCA

Ha fallecido hace pocos días en Buenos Aires el expresidente de la República Argentina D. Julio A. Roca, una de las personalidades más eminentes de aquella nación.

Nació en Tucumán en 1843 y cursó la carrera militar en el Colegio de Paraná. En 1874 fué ascendido a general por su comportamiento en la batalla de Santa Rosa contra las fuerzas del ejército sublevadas en favor de Mitre, y obtuvo la cartera de la Guerra en 1879.

Al año siguiente fué nombrado Presidente de la República, cargo que desempeñó hasta 1886. En 1898 fué nuevamente elegido, habiendo cesado en el cargo en 1902.

Durante su primera presidencia, distinguióse por su energía y honorabilidad, logrando iniciar una era de prosperidad y de progreso que imprimió al comercio y a las industrias pecuarias y agrícolas un impulso hasta entonces desconocido.

Durante la segunda, suscitóse el conflicto de límites con Chile, que hizo temer una guerra entre ambas naciones; pero el general Roca, con gran talento y habilidad diplomática, supo resolverlo satisfactoriamente. Fomentó considerablemente las obras públicas y realizó importantes reformas económicas.

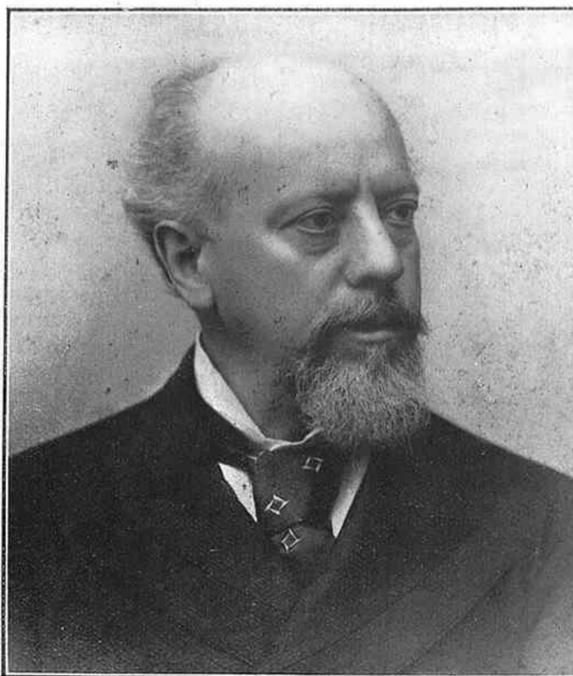
EL DR. JOSÉ EVARISTO URIBURU

Este ilustre estadista argentino que acaba de fallecer en Buenos Aires, nació en Salta en 1835 y comenzó su carrera política en 1862 como diputado, habiendo sido sucesivamente presidente de la Cámara de Diputados y ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública.

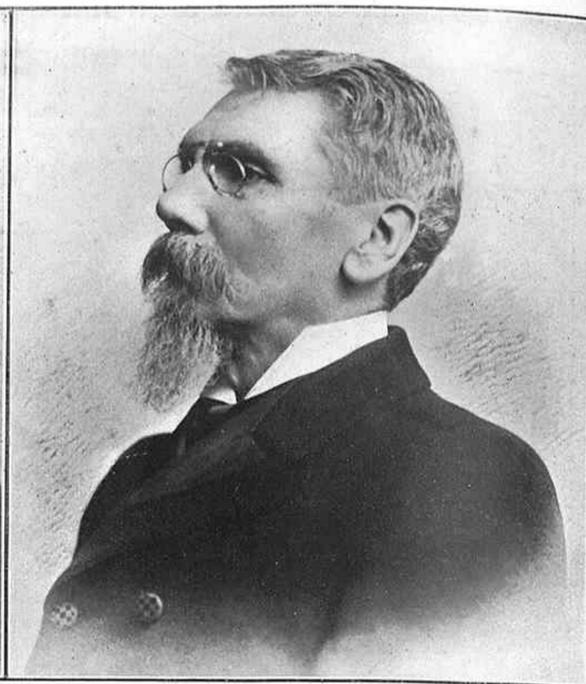
Ocupó después varios puestos importantes; ingresó luego en la carrera diplomática y fué nombrado ministro de la República Argentina en Bolivia, en el Perú y en Chile.

Desempeñaba este último cargo cuando la Convención autonomista nacional proclamó su candidatura para la vicepresidencia de la República y en las elecciones fué designado casi por unanimidad para tan elevada magistratura.

Por renuncia posterior del Presidente Sr. Sáenz Peña, el Congreso lo proclamó en 1895 Presidente de la República, cargo que desempeñó hasta 1898.



El general Julio A. Roca, expresidente de la República Argentina, fallecido en Buenos Aires el 19 de octubre último. (De fotografía de A. Witcomb.)



El Dr. José E. Uriburu, expresidente de la República Argentina, fallecido en Buenos Aires el 26 de octubre último. (De fotografía de Freitas y Castillo.)

que se presentaron quince proyectos. Cinco de éstos fueron elegidos para figurar en un segundo concurso, que se ha celebrado hace pocos días.

Los nuevos proyectos fueron expuestos al público y sobre ellos ha dictado el Jurado su fallo, habiendo concedido el premio único al de los Sres. Torres y Goday.

Las dos vistas del proyecto premiado que adjuntas reproducimos permiten apreciar así el aspecto de monumentalidad ex-



Barcelona. - Proyecto de la Casa de Correos y Telégrafos, obra de los Sres. D. Jaime Torres y D. José Goday, que ha obtenido el premio único en el concurso público recientemente celebrado. - La fachada

Su presidencia se distinguió por su política conciliadora, por la nueva organización dada al ejército y por la adquisición de nuevo armamento naval. Además dictó trascendentales medidas económicas que contribuyeron a solucionar la difícil crisis por que en aquel entonces atravesaba la República.



D. José Goday

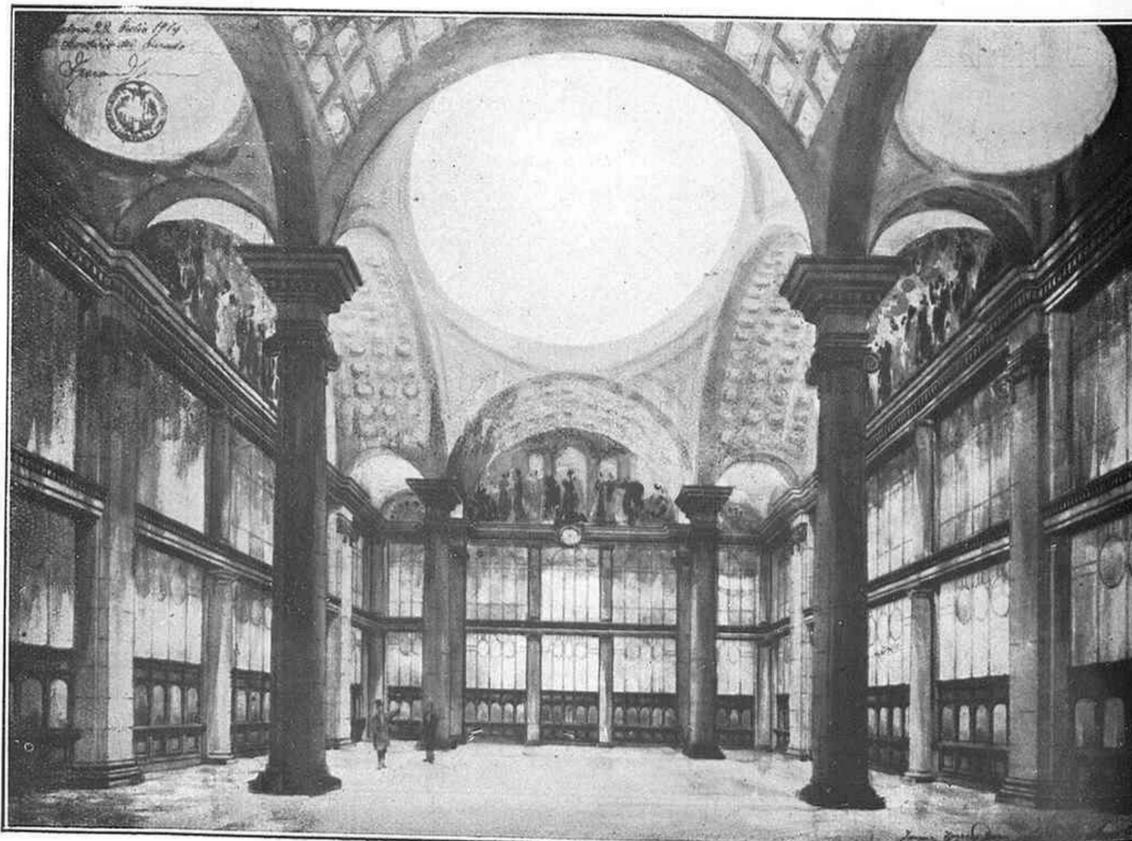
BARCELONA. - NUEVA CASA DE CORREOS Y TELÉGRAFOS

Para la construcción del edificio destinado a Casa de Correos y Telégrafos que ha de levantarse en uno de los solares de la Reforma, abrió el Ayuntamiento barcelonés un concurso en el



D. Jaime Torres

terior del palacio como la elegancia y excelente disposición del vestíbulo o hall, que constituye una de las dependencias más importantes en esta clase de edificios.



Proyecto de la Casa de Correos y Telégrafos de los Sres. Goday y Torres. - El vestíbulo. (De fotografías de A. Merletti.)

POR CASAR A SU HIJA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE N. MARTÍ CABOT. (CONTINUACIÓN.)

- He ahí lo que yo no haré nunca, respondió Ratier con acento tranquilo y tan serio que sus amigos quedáronse sorprendidos. Yo no haré nunca un buen casamiento...; una mujer puede hacer todo lo que se le antoje si su conciencia no la acusa; las educan tan mal...; pero un hombre no se vende. Yo he intervenido en muchos negocios, y por el solo placer de embaucar a mi prójimo, hasta creo que le he hecho muchas picardías; pero hacer un buen casamiento... ¡Eso no!

Jacobo aprobó con los ojos las palabras de su amigo, pero no dijo nada.

- ¿Y tampoco le gustaría a usted un casamiento como el nuestro, un casamiento por amor?, dijo ella.

- ¡El tenor que se casa por amor!, exclamó Ratier, ¿para que uno de mis camaradas, el barítono, el bajo u otro cualquiera tratase de robarme mi linda mujercita, mientras yo estuviese cantando *Romeo* con la *prima donna*? Eso sí que sería cómico... No..., no tengo ningún deseo de casarme por amor... Además, no amo a ninguna mujer.

Hubo una breve pausa, al cabo de la cual Ratier continuó diciendo con aire pensativo:

- ¿Cómo se hace para casar a una hija?

- ¿Acaso tienes tú una hija casadera?, preguntó Jacobo soltando el trapo a reír.

- Yo no, respondió su amigo con extraordinaria seriedad, pero conozco a una señora que desearía una receta infalible para alcanzar este resultado.

- No poseo esta receta, dijo Feraud, si no hace ya tiempo que mi fortuna estaría hecha.

- Tú que eres inventor debías buscármela, dijo Ratier levantándose. Yo ya me vuelvo a mis carneros.

- ¿Quiénes son ahora tus carneros?

- Mis amigos no son carneros, son todo el Jardín de Plantas, pero entre ellos hay un cordero rubio; ya haré porque lo veas un día de éstos. Entretanto, ¡adiós!

Y Ratier bajó alegremente hasta el bulevar donde perdió una hora o dos vagando y a eso de las cinco encaminóse a la casa del coronel, donde esperaba encontrar a sus amigos de la víspera. Experimentó una gran sorpresa al ver que el coronel, que sabía que no había salido, no se encontraba en su cuarto; sin embargo, la llave se veía en la cerradura de la puerta.

Ratier, después de haber buscado hasta en el armario donde guardaba sus vestidos el coronel, iba a subir hasta el palomar de Josia, que estaba bajo el alero del tejado, cuando de pronto, al oír rumor de voces detúvose a escuchar.

- Ratier es un loco, decía Madama Slavsky, y nunca sacará usted partido de él.

- ¡Hola! Bárbara está aquí, se dijo nuestro amigo, si yo tuviese el feo vicio de escuchar podría conocer ahora la opinión respecto de mi persona; pero como no le tengo...

Llamó a la puerta de Madama Slavsky y entró en el saloncito que precedía a su dormitorio.

- Estábamos hablando precisamente de usted, dijo la amable dama tendiéndole la mano.

- ¿Mal?, preguntó Ratier besándosela.

- ¿Cómo puede usted creer eso? Al contrario, muy bien.

«Yo quisiera saber, pensó Ratier para sí, cómo trata a la gente de quien habla mal.»

Sonrióle, sin embargo, así como a los demás, y al ver a Remisof, que estaba ceñudo en un rincón, le hizo un gesto protector, al que el otro respondió con una especie de gruñido.

- ¡Siempre tan amable!, dijo. ¿Y usted, Josia, se siente mejor esta mañana, o mejor dicho esta tarde?

Josia, con el rostro purpúreo de vergüenza, balbuceó unas palabras ininteligibles. El coronel, impasible, con aquel su simpático y atrayente aspecto que contribuía a las tres cuartas partes de su crédito, tendió a Ratier dos dedos de la mano.

- ¡Fate!, se dijo Ratier a sí mismo, ayer me daba toda la mano... Y Bárbara aquí. Novedad tenemos... ¡Qué llegada tan imprevista, madama!..., dijo en alta voz. ¿Y la señorita Catalina?

- Se ha quedado allí, respondió la amable dama. Mañana regresará a su lado.

En aquel mismo momento Ratier fijóse en que Remisof tenía ya su reloj. Volvióse entonces a Josia y vió que tenía también el suyo. El coronel ostenta-

ba fastuosamente su hermosa cadena, sobre su chaleco cuidadosamente estirado.

«Debe de haber desbalijado algún galeón, pensó sabiendo a qué atenerse. Vamos a tener buen tiempo.»

La conversación arrastrábase lánguidamente. - ¿Quieren ustedes comer con nosotros, señores?, dijo amablemente Madama Slavsky.

«Nos debe esta atención, pensó Ratier. ¿Y Remisof a quien prometieron divertir? Se me figura que no tiene la cara de una persona que se divierte.»

Mientras que los jóvenes se disponían a dar las gracias, el coronel cogió a Ratier por el brazo y llevólo a su cuarto, sin decir una palabra. Lleno de curiosidad, nuestro amigo preguntábase qué significaba aquello, cuando vió que Boleslao abrió un cajón de la cómoda y sacó el famoso pañuelo anudado por las puntas.

- ¡Mis bolivianas!, exclamó Ratier. ¡Me han robado!

- ¿Qué dice usted?, preguntó el coronel con altivez, cuéntelas usted y se convencerá de que...

- ¡Pardiez!, ya sé que están todas. Por eso digo que me han robado... Yo me figuraba haberme librado de ellas por toda la eternidad y usted me las vuelve a traer. ¡Ah!, coronel, eso es una indelicadeza. ¿Qué diablos quiere usted que haga con ellas?

Con gesto noble y digno, Boleslao le dió a entender que eso no era de su incumbencia.

- Supongo que no se figura usted que voy a echarme ese paquete al brazo para seguirle como un perro legendario que lleva la comida de su amo. Ya que las tiene usted, coronel, guárdemelas hasta nueva orden.

- Esos valores, amigo mío, están en buenas manos..., dijo el excelente Boleslao.

- Sí, sí, ya lo sé..., además puede que las necesitamos dentro de poco; aun pueden servirnos.

El coronel sonrióse con la superioridad del hombre que tiene dinero en su bolsillo.

- Nuestros negocios han experimentado una ligera mejoría, dijo el coronel, de aquí en adelante podemos afrontar todas las dificultades.

- ¿Los *Aurochs*?, preguntó Ratier estupefacto.

- Sí, hasta los *Aurochs*.

«¡Viejo trapisondista!, pensó Ratier siempre irreverente. ¿A quién habrá desbalijado la hermosa Bárbara? Todo esto me parece muy extraño, pues si sé que tiene una gran habilidad para pedir dinero prestado, no la creo capaz de conseguirlo por otros medios. Es honrada a su manera, aunque no es perfecta.»

- Lo celebró por los *Aurochs*, añadió en voz alta. ¡Qué contento debe de estar el caballero del triste pelaje!

- ¿El caballero de qué?, preguntó Boleslao.

- Josia, su secretario, yo diría su *alter ego* si fuese posible que hubiese otro hombre como usted; pero, coronel, usted es único, es único.

- ¡Oh!, dijo Boleslao defendiéndose con modestia.

- ¡Es usted único, palabra de honor! Josia es el que debe estar contento. Los *Aurochs* van a quitarle el sueño.

- No le diga usted nada, se lo ruego, dijo inquieto el coronel.

- Sí, comprendo que a su edad las emociones demasiado vivas... ¿Dónde comeremos hoy?

- Aquí, en el comedorcito, a las siete.

- Perfectamente.

Habían acabado de comer y reinaba entre ellos una gran cordialidad.

Josia tenía las orejas muy encarnadas gracias a un ponche extraordinario que el coronel había ofrecido a sus invitados. Remisof estaba también de muy buen humor, cosa muy rara en él y la hermosa Bárbara contaba una curiosa aventura, sucedida a un conde griego en Niza, mientras que el coronel saboreaba las palabras más insignificantes de su amiga. Ratier, siempre filósofo, no hacía más que escuchar y mirar, divirtiéndose, sin disimulo, no de lo que se decía sino del reverso de las cartas, tan entretenido para los que le conocían.

La historia llegaba ya a una de sus más sorprendentes peripecias cuando, de pronto, abrióse la puerta bruscamente y una voz adorable de juventud y de frescura exclamó en tono regocijado:

- Veo que se divierten ustedes mucho mientras me dejan allí en penitencia.

Los convidados volviéronse hacia ella estupefactos; Catalina Slavsky, alta, esbelta, con la tez de nieve y rosa, los ojos chispeantes de alegría y de malicia, estaba en el umbral de la puerta y con los brazos cruzados, como Napoleón en Austerlitz, contemplaba todos aquellos rostros aterrados.

Catalina estaba tan bella, tan ingenua en medio de su desenvoltura de niña mal educada; su visible candor formaba un contraste tan crudo y tan cruel con todos aquellos rostros enrojecidos por las frecuentes libaciones y los vapores de la comida, que Ratier, único capaz de apreciarlo y de sentirlo, estuvo a punto de levantarse y exclamar: ¡No entre usted!

Catalina entró, sin embargo, seguida de su corpulenta irlandesa, cargada de sacos de viaje, de mantas y paraguas.

- ¡Qué bonito!, dijo Katia hablando muy recio con su voz sonora, sin tener en cuenta para nada ni las conveniencias ni los oídos extraños; mamá hace saltar la banca y luego me deja en rehenes en el hotel.

- ¡Catalina!, exclamó Madama Slavsky con severidad.

La delincuente se acercó a su madre, besó su mano sin mucha efusión, presentó su frente al coronel, al ver lo cual Ratier hizo una mueca, y después de convencerse de que allí no había ninguna persona extraña, sentóse en una silla entre su madre y el coronel.

- Camarero, dijo, dé usted de comer a miss Amroth que se muere de hambre.

- ¿Y usted?, preguntó el coronel muy afectuosamente, porque quería de veras a aquella joven a la que conocía desde muy niña.

- ¿Yo? ¿Qué estaban comiendo ustedes? Ya no hay postres. Camarero, déme usted chocolate y bizcochos...

Tras el sombrío silencio de Madama Slavsky sentíase rugir la tempestad. El bueno de Boleslao acudió en auxilio de la joven.

- ¿De modo que mientras que nosotros la creíamos a usted en Mónaco, estaba usted por el camino?

- ¡Claro que sí! ¿Cree usted que está bien que una señorita noble y bien educada se quede en un hotel con una miss Amroth mientras que desaparece su madre sin decir el porqué...

- Pero ¿cómo ha venido usted?

- Es muy sencillo, como va usted a ver. Mi casamiento estaba deshecho, ¿no es eso? No había pues razón para que siguiéramos en Mónaco. Mamá pasó ayer todo el día en la casa de juego; volvió a entrar un momento; me dijo que se iba y desapareció, de pronto. ¡Muy bien! Llegó la noche y yo me aburría de lo lindo. De pronto, bajo la ventana a que yo estaba asomada, pasaron dos señores que dijeron:

» - Ha hecho saltar la banca y se ha ido hacia París.

» - ¿Quién?

» - Una dama rusa.

» Entonces comprendí por qué se había marchado mamá y si he de decir la verdad, me hizo muy poca gracia. Yo era la que tenía ganas de jugar. Me parece que en aquel momento yo también hubiera hecho saltar la banca.»

- Yo no hice saltar la banca, interrumpió Madama Slavsky; con los brazos cruzados sobre su vestido parecía la personificación de la maternidad ultrajada.

- Tienes razón, mamá, dispénsame; en efecto, no has hecho saltar la banca, puesto que después continuó jugando. Pero yo no podía jugar porque el mínimo son dos francos y entre miss Amroth y yo no teníamos más que treinta y ocho sueldos.

El coronel miró con gran conmiseración a la pobre niña que no había podido jugar por falta de dinero.

- Era tanta la rabia que tenía que me fui a acostar y estuve llorando toda la noche.

Al llegar aquí el camarero trajo el potaje de la irlandesa y el chocolate de Katia, que continuó hablando mientras engullía bizcochos:

- Al día siguiente me levanté muy temprano y bajé a ver si había cartas para nosotras. ¿Y qué vi?, una carta certificada y lacrada con ocho sellos. La cogí, me la llevé y al abrirla...

- Mi carta, dijeron a la vez Madama Slavsky y el coronel.

— Sí, vuestra carta. ¡Bendita sea! En ella había tres billetes de mil francos. ¿Qué hice entonces? Todó el mundo puede adivinarlo. Pedí la nota del hotel que subía a unos dos mil ciento cincuenta y siete francos y céntimos, y en cuanto la hube pagado tomé el primer tren y aquí me tienen ustedes. Conozco a una persona que no volverá más a Mónaco y ésa es Catalina Slavsky.

— Yo no puedo explicarme cómo en el hotel te han dejado recoger una carta que no era para ti, dijo Madama Slavsky muy enfadada.

— ¿No ves, mamá, que sabían que contenía dinero y que iba a pagarles?

Bárbara no replicó.

— Lo que me admira, dijo Ratier, es que esa señorita no haya pensado en coger ese dinero para ir a jugar.

— ¡Es cierto!, dijo Katia como sintiéndolo, no pensé en ello. Es una lástima. Ni siquiera se me ocurrió. Me puse tan furiosa al verme sola que no pensé más que en reunirme a mamá.

Desde la entrada de Catalina, Josia, con la boca entreabierta por la admiración, la contemplaba en silencio, sin dejarse arrancar de su éxtasis. En vano le pasó Ratier varias veces por el cuello la punta de su servilleta. Ni siquiera lo notó el pobre muchacho.

Mientras que Bárbara y el coronel cruzaban entre ambos miradas en que se pintaba la sorpresa y en las que había interrogaciones y hasta proyectos, la joven fijó sus ojos en el secretario.

— Usted siempre es el mismo, Josia, ¿no cambiaría usted alguna vez?

— Señorita..., balbuceó el tímido secretario.

— Siempre parece usted joven. No es como el señor Ratier que tiene el aire de un viejo.

— Es que yo soy un sabio, dijo Ratier dándose importancia, y la sabiduría es patrimonio de los ancianos...

— Me parece que usted aunque envejezca...

Catalina se echó a reír y con su voz fresca y sonora lanzó al tercer convidado una estocada al pecho.

— ¿Cuándo estará usted de buen humor, señor de Remisof? Es usted muy ingrato con el destino... Usted es rico.

— Bien parecido, agregó Ratier.

Catalina hizo una mueca, pero no rechazó esta aserción.

— Es usted libre de sus acciones y nunca tiene el aire de sentirse feliz.

— Es porque usted no se ha dignado mirarme aún con buenos ojos, repuso Remisof.

Ratier abrió mucho los ojos y sacó un cuadernito de su bolsillo.

— ¿Qué hace usted?, preguntó Catalina.

— Apunto la frase de Remisof. Es la primera que ha dicho en su vida y le dará suerte.

Remisof le lanzó una mirada furibunda.

Madama Slavsky se levantó. Fue la señal de la desbandada. Los ecos del hotel no han conservado el recuerdo de la filípica que sufrió Catalina aquella noche; pero los ecos de un hotel están tan cansados!

Madama Slavsky había instalado a su hija con ella. La prosperidad reinaba en casa del coronel. Josia cobró sus pagas atrasadas lo mismo que los anticipos hechos a su jefe, se saldó la cuenta del hotel, mientras comenzábase otra que engrosaba a ojos vistas. Todo marchaba a pedir de boca en el mejor de los mundos posibles.

El coronel habitaba hacía quince años el hotel de Baden y le parecía un Paraíso. Hasta entonces Madama Slavsky había hospedado también allí durante sus cortas y frecuentes permanencias en París; pero ocho días después de su imprevista llegada, pensó que permanecer en aquel hotel y casar a su hija eran dos cosas incompatibles.

Los hoteles de París son enemigos malos de la vida de familia. La hermosa Madama Slavsky se explicó cierto día sobre el particular con el coronel.

— Convenga usted, Boleslao, dijo, en que esta existencia es muy incómoda... Además Katia tiene una manera de aparecerse de pronto, cuando menos se la espera... Hace poco la creía muy lejos y he aquí que sube los escalones de cuatro en cuatro... Es una muchacha terrible.

— Tiene usted razón, dijo el coronel suspirando. Habría que casarla.

— ¡Casarla!, exclamó Madama Slavsky, ¡si no me preocupo más que de eso! Pero yo no sé en qué consiste que, cuando el casamiento está a punto, de repente se deshace. Es una mala sombra inconcebible.

— Quizá consista en que Katia no se preste gustosa a ello.

— ¿Ella? No lo crea usted. No es culpa suya. ¡Pobrecilla! No niego que tenga sus defectos, pero jamás se ha opuesto a ninguno de mis proyectos de matrimonio. ¿Se acuerda usted del candidato Vermo-

ral?.. No puedo acordarme por qué se deshizo este casamiento..., creo que fué una riña a causa de la canastilla de boda... Después vino Remens, y, por último, Merentzof. Ya se lo conté a usted. La ruptura con éste fué una tontería. Cuando supo que Katia había tenido otros novios se enfadó y tuvimos una escena muy desagradable. Pero aquel mismo día se presentó Braccioli y todo marchaba como una seda... Esta vez sí que tuvo Katia la culpa... Yo sentiré siempre que Katia deshiciera esta boda... Era un hombre muy distinguido y que tenía una brillante posición... Nobleza auténtica, una gran fortuna, bello rostro y magnífica presencia... Aquel hombre lo reunía todo...

Madama Slavsky suspiró y el coronel también.

— ¿Y Katia qué dice a todo esto?

— Katia lo siente mucho... Es muy desagradable haber estado prometida públicamente y después tener que pasearse sola con su señorita de compañía... En aquellos sitios todo se sabe... Sólo en París se puede vivir tranquilamente; de modo que voy a permanecer aquí algún tiempo...

«Yo creo, continuó Madama Slavsky, que debo decidirme a hacer un sacrificio... Voy a alquilar un pisito amueblado y entrar en francas relaciones con nuestros amigos de aquí. El gasto será considerable, pero estoy persuadida de que el resultado será excelente.

— ¿Dejaría usted el hotel?, preguntó Boleslao.

Bárbara le echó una mirada entre tierna y burlona.

— Nos veremos en todas partes. Vendrá usted a mi casa. ¿No es usted mi mejor y más antiguo amigo?

— ¿Y Katia?

— ¡Me enoja usted con hablarme siempre de Katia!, exclamó malhumorada Madama Slavsky. La casaremos. Lo esencial es encontrar una habitación que nos convenga.

— Josia se la buscará a usted, dijo el coronel reuelto a no hacer más objeciones.

A la hora de comer Josia recibió el encargo de buscar un piso amueblado, segundo piso o tercero todo lo más por los alrededores del Arco del Triunfo, de la nueva Opera o de la calle de Rivoli, con vistas a las Tullerías.

— Y sobre todo, Josia, que haya un cuarto bonito de comodidades para mí, dijo Katia.

A la idea de buscar un cuarto para Catalina, en poco estuvo que el pobre muchacho, turbado y lleno de entusiasmo, comenzara sus pesquisas sin comer; por fortuna, en aquel momento entraban la sopa y sentóse a la mesa como los otros; pero durante toda la comida vió desfilar por su cerebro cuartos de todas clases y tamaños y tapizados de todos los colores, todos encantadores, pero todos indignos de albergar a la adorable Catalina.

Después de la comida, que terminaba siempre temprano, Madama Slavsky propuso dar un paseo por el Palais Royal. Envueltos en el polvo tibio de una tarde de abril los cuatro viajeros recorrían las calles silenciosas y tranquilas a la hora en que París come, los ómnibus no salen más que cada diez minutos y los coches acumulanse en largas filas a lo largo de las estaciones, mientras los cocheros están en la taberna.

La hora es deliciosa, pero no la conoce nadie, pues todo el mundo está comiendo.

Las calles están desiertas. París pertenece entonces al paseante solitario; la sombra va descendiendo lentamente; se ven brillar las telas de seda a aquella luz fugitiva del crepúsculo, cuando todavía hay demasiada claridad para encender el alumbrado público y demasiada obscuridad también para pasarse sin luz artificial en el interior de las tiendas y casas.

Los cuatro personajes de esta historia se encaminaban hacia la calle Cuvienne y Josia, víctima del hechizo de la hora y del escenario, con el chal de Katia al brazo, cuyo traje claro rozaba de cuando en cuando el suyo obscuro, marchaba como entre las brumas de un sueño.

Josia había entrevisto vagamente los tapices de Choqueel o de Bragnenil y pensó que con ellos podría alhajarse un cuarto muy lindo a Catalina; luego fijóse en la florista de la escalerilla del pasaje y se detuvo para comprar un ramo para su bella amiga.

Esto fué causa de que perdiera de vista a sus compañeros, encontrándose, al salir del pequeño pasaje, deslumbrado por el gas y el mármol negro, muy afligido con el ramo en la mano, el chal al brazo izquierdo, en la actitud y situación moral de un perro que acaba de perder a su dueño.

Mientras parecía hiumear el aire, una mano vigorosa golpeó el hombro y una voz muy conocida resonó en sus oídos.

— *Caniche* (1), amigo mío, has perdido a tu dueño?

(1) Perro de aguas.

Josia volvió el rostro asustado y se encontró con Ratier que se burlaba de él en sus propias narices.

— Eso se ve a la legua. ¿En dónde los ha dejado usted?

— Compré un ramo y entonces...

— Sígame usted, no tardaremos mucho en encontrarlos. Y aprenda usted la manera de encontrar a los rusos cuando se pierdan en el Palais Royal. Si llueve se meten en el café de la Rotonda donde toman chocolate; si hace buen tiempo los hallará usted también en el café de la Rotonda, pero en el exterior, tomando helados. Pronto va usted a convenirse.

En efecto, los dos jóvenes, después de haber andado unos diez pasos por el jardín, se encontraron con ellos que, según la predicción de Ratier, acababan de pedir helados al mozo de café.

El joven francés se sentó al lado de Catalina y entabló en seguida con ella una conversación incongruente, absurda, cuyo único mérito era el de hacerla reír a cada paso. Josia, muy satisfecho al verla tan alegre, se había sentado algo lejos y la contemplaba silenciosamente sin pensar en el helado que tenía ante sí y que se había derretido lamentablemente.

Josia no estaba celoso al ver la soltura y el despejo con que Ratier hablaba con la dama de sus pensamientos; sentíase triste, pero no celoso. Los celos suponen una especie de pretensión a las preferencias del objeto amado y Josia estaba desprovisto de ella en absoluto.

Poco a poco, dejó de escuchar la conversación y abismóse en una vaga meditación; el timbre de la voz de Catalina mecíale dulcemente sin que pudiese discernir sus palabras y empezó a construir un cuarto imaginario, que pondría a la disposición de Katia en cuanto hallase el departamento amueblado.

— Señorita, decía Ratier, no me hará usted creer que no fué usted a jugar expreso a la ruleta para hacer rabiar al marqués Braccioli.

— No lo crea usted. Era tan poco interesante ese caballero que no valía la pena de incomodarle.

— ¿No le hacía usted rabiar nunca ni siquiera para pasar el rato?

— Para qué. Lo reservaba para cuando estuviese casada.

— ¡Muy bien!, dijo Ratier, está usted dotada de sabiduría superior.

El coronel y Madama Slavsky volvíanles casi la espalda, enfrascados en una conversación muy animada, sostenida en lengua polonesa. Ratier echóles una mirada y vió que se habían olvidado de que estuviese en el mundo; Josia vagaba por espacios imaginarios... Ratier decidióse entonces a averiguar algo acerca del problema que hacía tiempo torturaba su espíritu.

— ¿Era amable el marqués?, preguntó ladinamente cogiendo la sombrilla de Catalina para jugar con ella y procurarse más aplomo.

— ¡Insoportable!

— Los juicios de usted, entre otros méritos, poseen el de la brevedad, repuso Ratier riendo.

Catalina encogióse de hombros.

— Era un pedante, dijo Katia desdeñosamente, un hombre que pretendía detestar el juego y despreciar a los jugadores. ¡Yo le pregunto a usted si esto es posible! No lo hacía más que para darse importancia. ¿Cómo no amar el juego? ¡Es tan natural!

Al oír esto Ratier admiró la fuerza del instinto.

Catalina se quedó aguardando la respuesta y como Ratier no dijera nada continuó diciendo:

— ¿Hace usted también gala de odiar el juego? En ese caso vale más que riñamos para siempre.

— Lo sentiría mucho. Ya sabe usted que siempre juego muy a gusto.

— Lo que es en eso no le gana a mamá. Yo creo que hasta jugaría durmiendo... Al menos, podría jurar que hasta lo hace en sueños.

— Katia, no dices más que tonterías, dijo Madama Slavsky en su lengua materna. Ten cuidado con lo que hablas.

Esta advertencia predispuso a la linda muchacha a mostrarse más desobediente y acercando más su silla a Ratier empezó a hablar en voz baja.

Habían encendido el gas en todas partes y brillaba en toda su extensión la cintura de tiendas resplandecientes que rodea el jardín y le hace parecer tan obscuro.

El aroma de las primeras lilas llegaba no se sabe de dónde, si de las Tullerías o de algún jardín lejano, traído por una de esas ráfagas de aire primaveral que recorren tanto espacio sin perder el aroma de que se han impregnado por el camino. Ratier púsose a hablar en voz baja.

— ¿No echa de menos a su marqués italiano?, dijo, ¿no ha echado usted nunca de menos a nadie de los que estaban destinados a casarse con usted?

La pregunta era atrevida y Ratier merecía una agria y severa réplica; pero en vez del sofocón que tenía derecho a esperar, oyó que Katia respondíale en voz baja con algo de vacilación.

- No.

¿Por qué motivo Eugenio Ratier se puso más alegre que un jilguero? ¿Por qué Katia se puso más roja que una cereza?

- Entonces, señorita, he de deducir que no la han gustado ninguno de sus novios.

- Nunca me he sentido más alegre y dichosa que el día en que se ha deshecho uno de mis casamientos...

- ¿De modo que todos sus novios han tenido la desgracia de desagradarla?, insistió Ratier formando grandes círculos en la arena con la contera de la sombrilla.

- ¡Eran unos imbéciles!, respondió francamente Katia.

- ¿Entonces por qué les hizo usted caso?, preguntó Ratier mirándola seriamente con sus ojos, de ordinario tan reidores.

La joven permaneció un instante silenciosa; luego echó una ojeada hacia donde estaba su madre; esta vez Madama Slavsky no tenía el pensamiento ocupado por su hija, pues trataba de hacer entrar una idea en el cerebro del coronel y Dios sabe que esto no era una cosa muy fácil.

No hay palabras para expresar la mirada de desprecio, de piedad, de sentimiento, de vergüenza que Katia arrojó sobre la pareja de cuya presencia se había olvidado. Si antes vacilara en hablar, la silueta grotesca que dibujaban el coronel y los gestos de Madama Slavsky sobre el fondo luminoso de las galerías, la decidieron a dejar salir el torrente de amargura por tan largo tiempo contenido en su pecho.

- Quieren casarme, dijo en voz baja, casi entre dientes, porque les estorbo, porque están cansados de arrastrarme por todos los balnearios de Europa y muy pronto no me conocerán en todas partes más que como una muestra usada de muchachas casaderas..., porque mi padre no se cuida de mí y mi madre... Devuélvame usted mi sombrilla, Sr. Ratier, porque va a rompérmela.

Josia, siempre en las nubes, miraba a las estrellas, aspiraba el aroma de su ramo depositado sobre la mesa, cerca de ellos, y construía con las minas de una nueva empresa un castillo fantástico y magnífico donde alojar a Catalina.

- ¡Pobre! ¡pobre niña!, murmuró Ratier en voz baja.

- ¿Qué dice usted?, preguntó altivamente Catalina.

- Hablo de su sombrilla, señorita, pero no tenga usted cuidado porque no corre peligro en mis manos... ¿De modo que usted no se siente inclinada al matrimonio?

- ¿Y para qué? ¿Para cambiar de cadena? No es una perspectiva muy envidiable, como usted comprenderá... Es cierto que aun me queda un convento... No, no, el convento... Aun soy muy joven.

Y se pasó las manos por los ojos, como para ahuyentar una imagen dolorosa.

- ¿Y qué piensa usted hacer?, preguntó Ratier, con un acento demasiado indiferente para que no fuera ficticio.

- ¿Yo? Lo que quieran hacer de mí. ¿Puedo hacer algo, acaso? Hace ya tres años que me conoce usted, Sr. Ratier; en apariencia soy libre como un pájaro y en realidad no hago nada de lo que me gusta... Espero, aguardo que al fin me encuentren un marido que no sea desagradable y tenga dinero..., pero mucho dinero.

- ¿De modo que es indispensable que sea muy rico?, preguntó Ratier.

- ¡Imprescindiblemente!, así lo afirma mi madre, ¡Qué puede hacerse en la vida si uno no es muy rico? ¿No ha sido siempre a causa del dinero por lo que hemos tenido disgustos? Debemos en todas partes, Sr. Ratier; debemos en los hoteles de todas las ciudades; en Roma, en Nápoles en Ischia, en Betergio, en Interlaken, en Spa, en Rissingen, en Trouville... Debemos a nuestra modista de París, al joyero, que ha montado los diamantes de mi frustrado casamiento, al general Tomme, a madama Salof, a Mr. Ressitsky y no sé a quién más, quizás también a usted.

- No, señorita, a mí no, dijo Ratier inclinándose, y créame usted que lo siento.

- ¿Por qué?

- Porque así tendría algún derecho a su reconocimiento y me sería muy agradable...

- Mamá quizás se lo agradeciera a usted, aunque no lo creo; pero yo le odiaría. Odio a todos nuestros acreedores. Sí, los odio. ¿Le sorprende a usted eso?

- Confieso que... Ellos no tienen la culpa.

- Sí, la tienen porque nos prestan sabiendo que no se los devolverá su dinero y es por esta razón por lo que les desprecio. Se cobran con cortesías y atenciones, con comidas que nos cuestan un ojo de la cara y a causa de las cuales se entrapa mamá en el hotel. Los hombres se muestran amables conmigo, demasiado amables y yo que siento deseos de decirles impertinencias, es preciso que les sonría y lo tome todo a broma, cuando de buena gana les escupiría al rostro.

- Ya cambiará todo esto, dijo Ratier suavemente como se le habla a un niño enfermo..., usted se casará.

- Me casaré con un imbécil que me querrá por mi linda cara y ¿cree usted que seré dichosa?

- Puede usted encontrar un hombre de bien y llegar a amarle.

- Un hombre de bien no se casará conmigo..., y yo no podré amar al que se case conmigo porque le despreciaré.

- No veo la razón de que le desprecie usted por hallarla encantadora.

- Si un hombre de bien se casaba conmigo, me llevaría al fin del mundo para no volver jamás.

- ¿Y eso qué importa?

- Sería una existencia abominable. Amo el mundo, las fiestas, los balnearios, el teatro, París; ¡oh!, ¡sobre todo París!

- ¡El teatro!, exclamó Ratier, tan alto que Josia se estremeció y el coronel, turbado, tardó unos cinco minutos en volver a hallar el hilo de su discurso. ¡El teatro! ¿Por qué no se dedica al teatro usted que canta tan bien?

- Eso no es conveniente en una señorita casadera y mi madre no lo consentiría.

- ¿Le ha hablado usted de ello?

- ¿De qué quiere usted que no le haya hablado ya?

Madama Slavsky se levantó y el coronel aunque mal de su grado hizo otro tanto. Josia, vuelto a la realidad apartó las sillas que estorbaban a las señoras y les abrió paso.

- ¡Buenas noches, Ratier!, dijo el coronel tendiendo noblemente la mano al joven.

- ¡Buenas noches!, dijo Katia con su voz dulce y melodiosa.

Katia dió a Ratier la mano a la inglesa y aquél notó que la tenía febril e inquieta. Estrechóse la como a un camarada y dejó alejarse a los tres extranjeros.

- ¡Pobre muchacha!, murmuró, ¡pobre muchacha! ¡Calle!, se ha olvidado su ramo. ¡Pobre Josia! Este mundo está lleno de gentes dignas de lástima. Como aun era temprano, Ratier tenía cincuenta sitios donde ir a acabar de pasar la noche; pero después de dar una vuelta por los bulevares, sintióse tan malhumorado que se metió en su casa y se dispuso a acostarse a eso de las once, cosa que no le había pasado desde su salida del colegio.

Yendo y viniendo por su habitación detúvose delante del mueblecillo que contenía toda su fortuna, lo abrió y empezó a hacer la adición más escrupulosa de las diversas cantidades que había en los cajoncillos.

- ¡Que haya habido aquí tanto y que haya ahora tan poco!, se dijo triste y cariacontecido. No importa, mañana iré a casa de Pignoti. Cuando se posee un diamante es conveniente ponerle a prueba de cuando en cuando, aunque no sea más que para saber a qué precio se cotiza.

Al día siguiente, a eso de las dos de la tarde, Ratier salió de casa de Pignoti con el sombrero levemente ladeado, la cabeza muy erguida, hiriendo el asfalto con la contera de su bastón. Tenía el aspecto de un conquistador y su rostro ostentaba un gesto tan arrogante y alegre bajo el bello sol de abril, que más de una mujer se volvió a mirarle.

«¡Cuán dichoso parece!, pensaban ellas. Debe ser un hombre encantador cuando se siente tan dichoso.»

Escuchando la canción, alegre como un hosanna y terrestre como una buena comida, que cantaba en el fondo de su pecho, Ratier marchó por espacio de una hora en todas direcciones, sin que el tiempo se le hiciese largo. Cuando uno tiene que decirse muchas cosas no se aburre y Ratier tenía una enorme cantidad de noticias que comunicarse.

Al percatarse al fin de que avanzaba la tarde retrocedió dirigiéndose al hotel de Baden.

- ¿Han salido las señoras Slavsky?, preguntó en el despacho.

- Acaban de entrar, le respondieron.

- Si volvieran a salir dígalas usted que ha venido un caballero a darles una noticia muy importante y les ruega no dejen el hotel antes de que haya vuelto. La muchacha que estaba en el despacho creyó que aquello era una broma, lo cual no tenía nada de

particular tratándose de Ratier, y sonriéndose le hizo un signo de asentimiento.

No tardó ni treinta y cinco minutos en ir al bulevar de los Capuchinos y hacer enganchar un landó de lujo. Faltaba muy poco para las cuatro, cuando el landó se detuvo delante del hotel, dejando a Ratier en la acera.

- ¿Y esas señoras?, preguntó.

- Esperan en el salón.

Ratier deslizóse a lo largo de la escalera, penetró en la habitación del coronel, le puso el paletó no sin trabajo pero sin despertarle casi, le colocó el sombrero en la cabeza y le empujó fuera en menos de un minuto.

- ¿Qué quiere usted?, balbuceaba Boleslao arrancado a las dulzuras de su siesta y tan asustado como un buho, al ver la luz del día.

- Negocios importantes, exclamó el joven arrastrándole tras él.

Así llegaron ante la puerta del salón.

- Baje usted y espere afuera; no se mueva, dijo misteriosamente Ratier.

El coronel le obedeció maquinalmente. Cuando Ratier se convenció de que bajaba la escalera entró en el salón.

- ¡Qué fastidio!, murmuró Madama Slavsky al reconocerle.

Katia, al contrario, sonrióse y su rostro contraído adquirió una gozosa expresión.

- He venido, señora, a presentarle mis respetos.

- Lo siento vivamente, dijo Bárbara con la más melosa de sus sonrisas, pero esperamos a una persona que tiene que darnos una noticia importante.

- Ya lo sé, dijo Ratier con la más exquisita cortesía, vengo de su parte.

Los ojos de Madama Slavsky abriéronse desmesuradamente y el rostro de Katia ensombrecióse.

- Háganme ustedes el favor de bajar, dijo solemnemente el misticador.

Las dos damas se encontraron pronto en la calle.

- Señoras, háganme ustedes el favor de subir, dijo Ratier abriendo la portezuela del landó descubierto. Vamos, coronel, no tenemos tiempo que perder.

Las damas, estupefactas, sobre todo de encontrar allí a Boleslao tan oportunamente, se sentaron en el fondo del carruaje; el coronel y Ratier hicieron lo mismo en la delantera y el cochero, que había recibido ya sus órdenes, dió con el látigo a los caballos que partieron al gran trote.

- ¿Adónde nos lleva usted, Sr. Ratier?, preguntó Madama Slavsky sin poder dominar su curiosidad.

- Al Bosque de Bolonia, señora.

- Pero ¿y la persona que debía venir?..

- ¡Era yo!, dijo Ratier con una nobleza teatral que sorprendió a la misma Bárbara.

- ¿Y la noticia que tenía usted que darnos?

- Es ésta. Hace un tiempo hermoso y como es sábado el bosque estará lleno de bodas y sería una lástima que no las viéramos.

Madama Slavsky sintió el deseo de fingir que se enfadaba para guardar las conveniencias.

- La verdad es que semejante broma...

- ¿Qué quiere usted?, casi no puedo remediarlo. Cuando esto me acomete es irresistible; pregúntesele al coronel.

El coronel, que hacía esfuerzos para despertarse y que ya lo había casi conseguido, asintió con un gesto muy gracioso. Madama Slavsky optó por reirse. Hacía ya unos instantes que su hija se reía quedamente, al abrigo de la sombrilla.

- ¿No hubiera sido mejor preguntarnos antes si consentíamos en dar ese paseo?, preguntó Madama Slavsky sin acritud.

- Ya pensé en ello, señora; pero temí que rehusara usted mi invitación, lo que me hubiera desesperado. En cambio, valiéndome de un ardid, estaba seguro de conseguir mi objeto.

No tardó el landó en enfilarse la admirable alameda del Bosque de Bolonia.

El lago, brillante y deslumbrador, se mostró cubierto de barquillas y de cisnes golosos; el coche entró después en las frondosas alamedas que huelen tan bien y dan tan grato reposo a la vista. Katia, algo débil y fatigada por la vida mundana que llevaba el invierno, respiraba el aire con delicia; aquel paseo tan imprevisto y encantador le parecía un oasis en su vida agitada y bulliciosa. Miraba, con deleite, a todas partes, evitando sin saberlo los ojos de Ratier que la contemplaban a menudo, y gozaba de la dicha de sentirse vivir.

- ¡Una boda!, exclamó Katia. ¡Qué pareja tan cómica.

Una boda pasaba en efecto por el sendero que bordeaba la alameda; los novios marchaban a la cabeza como dos personas que cumplen un deber social.

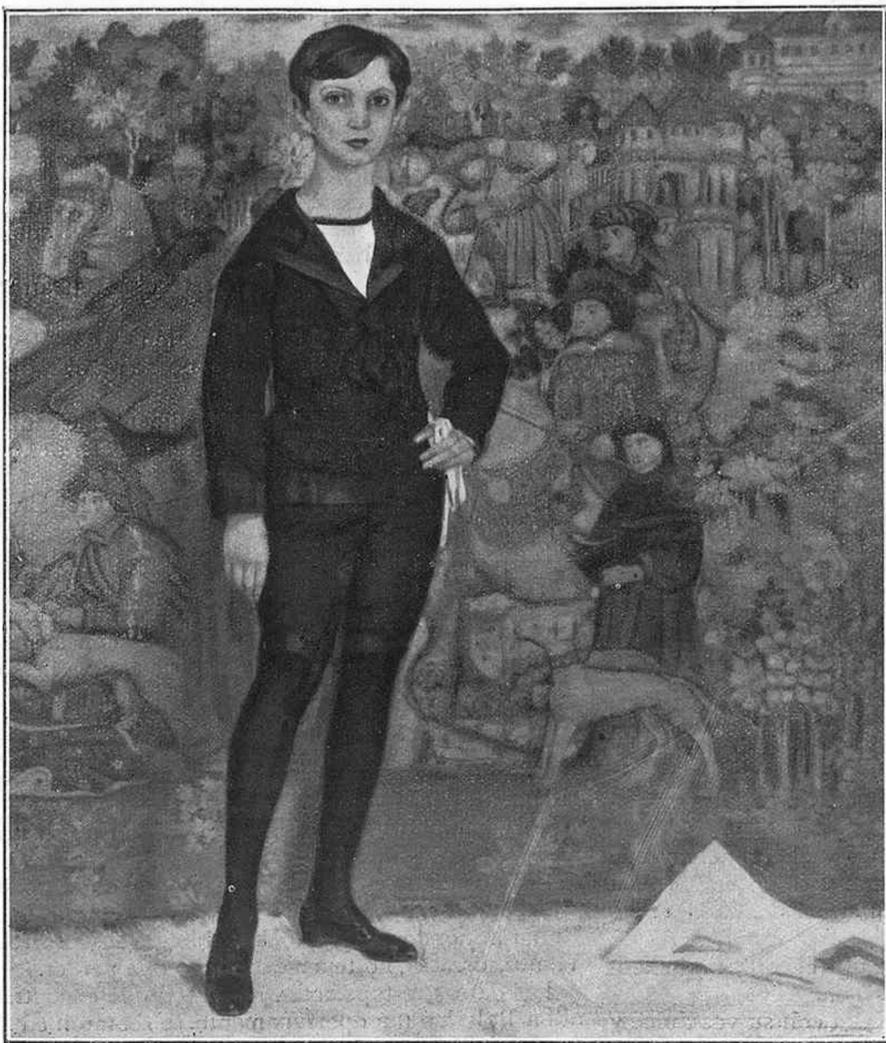
(Se continuará.)

BARCELONA. SALÓN PARÉS. - EXPOSICIÓN FEDERICO BELTRÁN. (Fotografías de Serra.)

Después del obligado descanso veraniego ha comenzado en nuestra ciudad la campaña artística de la actual temporada, habiendo sido el primero en reanudar sus exposiciones el Salón Parés, en donde el celebrado pintor Federico Beltrán ex-

Abundan entre ellos los desnudos, pero están tratados con tan elevado sentimiento, que bien puede afirmarse que despiertan la más pura emoción estética sin mezcla alguna de pensamientos bastardos ni aun en aquellos lienzos que más a propósito

el grupo *Mi familia*, *Retratos de la Sra. Viuda de Narzo e hija*, que obtuvo medalla de oro en la Exposición Internacional de Bellas Artes de Barcelona de 1911 y que reproducimos en el número 1.685 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y muy



Retrato del niño Luis Martí



La trianera

hibe setenta y tres telas, que así por el número como por la calidad, constituyen un poderoso alarde del talento, de las aptitudes y de la fecundidad y laboriosidad del artista.

La impresión que la exposición produce en su conjunto no puede ser más grata: el espectador, así que entra en aquel recinto experimenta una sensación de placidez, de bienestar, producida por la armonía de la entonación general, apenas alterada por alguna nota fuertemente luminosa que no perjudica, sino que aun hace resaltar más la suavidad de las otras tonalidades.

Corresponden las obras expuestas a diversos géneros y a distintas facturas, desde el retrato al paisaje y desde la pintura abocetada a la de líneas y colores perfectamente definidos.

parecen para sugerirlos. Como demostración de esto citaremos *Intimidad*, *Tanagra*, *Retrato de Mirabella* y sobre todo *Canción de Bilitis*, de una morbidez y una dulzura de color superiores a todo encomio, e *Iniciada*, cuyo cuerpo apenas velado por una transparente gasa negra se destaca sobre un fondo azul de entonación deliciosa con algunos puntos luminosos de extraordinario efecto.

En sus retratos, preocupase Beltrán de la psicología de los personajes reproducidos, pero asimismo de la construcción y disposición de las figuras y en algunas también del efecto decorativo del conjunto de la composición. De entre los expuestos actualmente en el Salón Parés, merecen especial mención

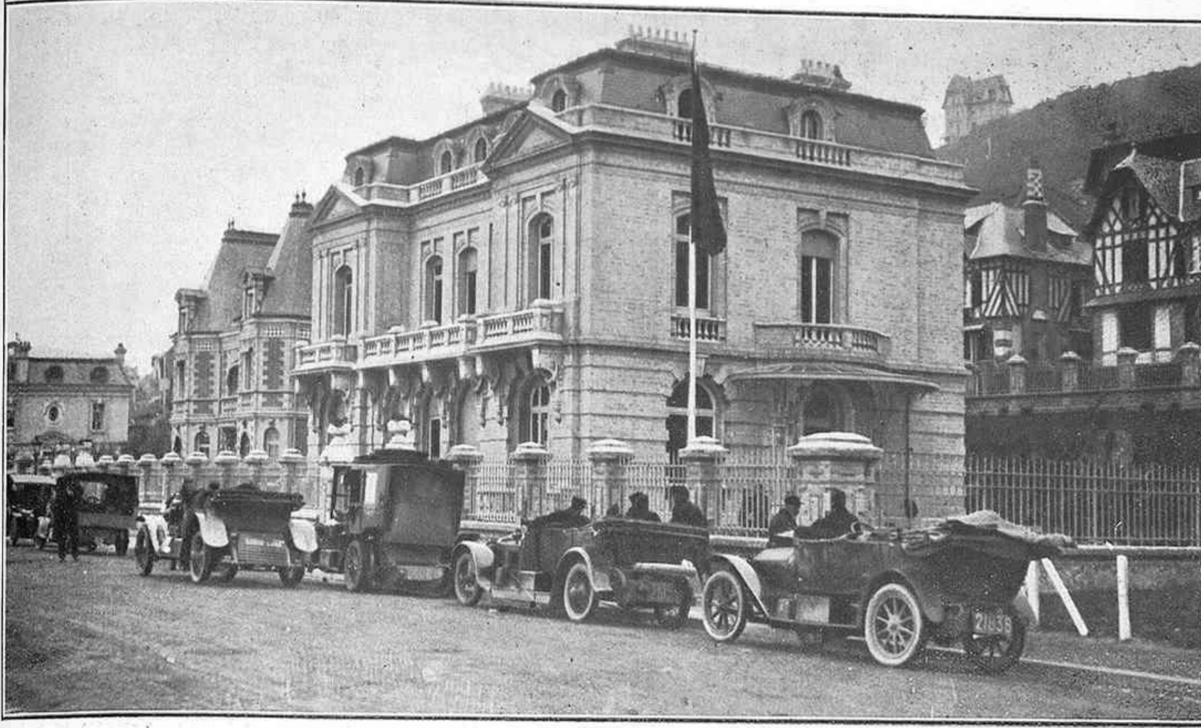
singularmente el Retrato del niño *Luis Martí* que reproducimos adjunto, en el que la figura resalta sobre un tapiz hermosamente imitado.

Fáltanos espacio para juzgar las demás obras, por lo que hemos de limitarnos a señalar como más salientes *Noche azul* que reproducimos en el número 1.672 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y que es uno de los lienzos más notables de esta exposición; *La trianera*, que reproducimos en esta página y que conserva toda la expresión característica del tipo representado; y las bellísimas notas de color *Galitos chinos*, *El baile*, *España*, *Carrozas*, *Luminosa*, *La elegante*, *Los monos*, etc.

Felicitemos al Sr. Beltrán por el éxito obtenido.



Vista parcial de la exposición. Sentado en el diván, el pintor Federico Beltrán Massés



La guerra europea. - El gobierno belga en el Havre. Palacio que ocupa el ministerio de la Guerra. (Fot. de Branger.)

DE LA GUERRA EUROPEA. - UNA ENCÍCLICA DEL PAPA. - PROCLAMA DEL PRESIDENTE WILSON. - LOS DOCE MANDAMIENTOS DE LA GUERRA.

Su Santidad el Papa Benedicto XV publicó hace algún tiempo una encíclica, en la que después de pedir a la bondad divina que le dé las fuerzas necesarias para realizar la alta misión que le está encomendada, expresa su horror y su aflicción por tener que asistir al espantoso espectáculo de la guerra; abraza con un sentimiento de caridad paternal a todos los hijos de la Iglesia y les recomienda, especialmente a los que han recibido órdenes sagradas, que imploren a Dios, con oraciones públicas y particulares, a fin de que la guerra cese.

«Oremos con ardor - termina diciendo - y conjuremos a los que gobiernan a los pueblos para que consientan en abandonar todas sus divergencias por la salud de la sociedad humana; que consideren que bastantes duelos y miserias acompañan ya la existencia de los mortales para que sea necesario añadir a ellos otros duelos y miserias, y que ya hay bastantes ruinas acumuladas y se ha derramado ya bastante sangre; y que se apresuren a entablar negociaciones de paz y se estrechen las manos. Así obtendrán de Dios una elevada recompensa para ellos y para sus pueblos; y así harán una obra tan ardentemente deseada por el Papa, que, en medio de la grandísima perturbación de los acontecimientos, encuentra dificultades no indiferentes, aun en el ejercicio de su ministerio apostólico.»

Coincidiendo con las mismas ideas del romano Pontífice, el Presidente de la República de los Estados Unidos, Mr. Woodrow Wilson, dió al pueblo norteamericano una proclama, de la que creemos interesante reproducir los siguientes párrafos:

«Considerando que grandes naciones del mundo han empuñado armas unas contra otras, y que la guerra lanza a la lucha millones de hombres a quienes la prudencia de los estadistas no ha podido librar del terrible sacrificio;

»Considerando que en este caso, como en otros, es nuestro privilegio y deber implorar consejo y auxilio al Dios Todopoderoso, humillándonos ante El, confesando nuestra debilidad y falta de entendimiento que supla estas cosas;

»Y considerando que es el deseo especial y el ansia del pueblo de los Estados Unidos servir en pro de la paz en oraciones, prudencia y amistad,

»Por tanto, yo, Woodrow Wilson, Presidente de los Estados Unidos de América, designo el domingo, día 4 de octubre próximo, como día de oración y súplicas, y ruego a todas las personas temerosas de Dios acudan a los lugares donde se rinde culto, para que allí unan sus peticiones al Dios Todopoderoso, quien dominando el dictamen de los hombres, ordenando las cosas que éstos no pueden gobernar o alterar, apiadándose de las naciones que se encuentran afligidas por el conflicto, con su bondad y misericordia muestre un medio donde los hombres no encuentran ninguno; que El otorgue a sus hijos la paz y restaure una vez más la concordia entre los hombres y las naciones, sin la cual no puede existir felicidad ni verdadera amistad ni ningún fruto edificante del trabajo o de la mente en este mundo, rogando también con este fin que perdone nuestros

pecados, nuestra ignorancia de su santa voluntad, nuestra obstinación y nuestros errores, y que nos guíe

por la senda de la obediencia a lugares de inspiración, ilumine nuestro entendimiento, purifique nuestros pensamientos y nos conceda sabiduría.»

El ilustre político inglés lord Curzon ha dado recientemente en Harrow una conferencia sobre el tema: «Cómo se conduce un pueblo fuerte en tiempo de guerra.» Como conclusión de su discurso, sentó la afirmación de que la actitud digna de una nación como Inglaterra se fundaba en los doce preceptos siguientes: «No consideréis que la guerra no os afecta personalmente. - No os alegréis con exceso al tener noticia de la victoria ni os sintáis demasiado abatidos cuando os enteréis de las derrotas. - No os dejéis enervar por los perjuicios que sufráis vosotros o los vuestros. - No os espantéis de las listas de las pérdidas, tan largas y a veces tan desconsoladoras. - No creáis que sabéis cómo debe llevarse la campaña y que el Estado Mayor lo ignora. - No os pongáis nerviosos porque el progreso de la guerra sea lento. No puede ser de otro modo en esos teatros de operaciones. - No creáis todas las noticias que proceden de Berlín. - No despreciéis al enemigo. - No os canséis previendo cuál será el destino del emperador de Alemania en este mundo y en el otro. - No comencéis a repartir la Alemania antes de haberla conquistado. - No deis oído a los que gritan «¡alto!» antes de haber alcanzado plenamente el objeto de la guerra. - Y una vez la guerra concluida, no olvidéis las lecciones que de ella se desprenden.»

El Jabón
HENO
de PRAVIA

blanquea

JABON
ESPUMOSO E INTENSAMENTE
PERFUMADO

Heno
DE
Pravia

GAL
FABRICA DE PERFUMERIA
MADRID

suaviza

embellece

A. Ehrmann.



La guerra europea. En Alemania. - Enseñanza del idioma ruso que se da a los soldados alemanes a fin de tener buenos intérpretes en el ejército que opera contra los moscovitas. (De fotografía de Berliner Illustrations-Gesellschaft.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

EL EVANGELIO DE LA EUCARISTÍA O LA VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO CONTINUADA Y REPRODUCIDA EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO, por *Monseñor Pichonot*, arzobispo de Chambéry, traducción por el *P. Dionisio Fierro Gasca*, Escolapio. - Forman esta obra una colección de pláticas llenas de unción y nutridísimas de doctrina eucarística, en las que se pone de manifiesto la admirable relación que existe entre la vida de Jesucristo en la tierra, tal como la refieren los Sagrados Evangelios, y su presencia en medio de nosotros oculto en el Sacramento de su amor. Están escritas en estilo sencillo, claro y atractivo, y su doctrina, sin dejar de ser profundísima, está acomodada a la comprensión de las inteligencias más humildes, pudiéndose afirmar que la lectura y meditación de las mismas será de grandísimo consuelo y provecho espiritual para toda suerte de personas y en especial

para los sacerdotes que deban hacer pláticas acerca de la Eucaristía. Un tomo de 430 páginas, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 2'50 pesetas en rústica y 3'50 encuadrado en tela flexible.

IMPRESIONES DE UN VIAJE POR ESPAÑA, por *R. Monner Sans*. - De regreso de su excursión por España, nuestro querido colaborador y distinguido literato Sr. Monner Sans dió en el Ateneo Hispano-Americano de Buenos Aires una conferencia relatando sus impresiones de aquel viaje. Conocido el amor que por su patria siente, ocioso es decir que el conferenciante tuvo para nuestro país en general, y para Barcelona y Madrid en particular, entusiastas elogios, ponderando los adelantos y progresos realizados en ambas capitales y fijándose de un modo especial en las instituciones en una y otra existentes cuyo objetivo consiste en estrechar los lazos de unión entre España y la América latina. Esta conferencia, escrita con la galanura de estilo que caracteriza al Sr. Monner Sans y abun-

dante en consideraciones que demuestran una vez más su profundo espíritu observador y su clarísimo criterio, ha sido impresa en Buenos Aires en un folleto de 24 páginas.

EL ROMANCE EN CUBA, por *Carolina Foncel y de Cárdenas*. - No es posible en una nota como las que van en esta sección dar una idea cabal de este trabajo que fué leído en la Universidad de la Habana en los ejercicios del grado de Doctor en Filosofía y Letras practicados por la autora y premiado en el concurso de la Academia Nacional de Artes y Letras en 1913. Nos limitaremos, pues, a decir que se divide en tres capítulos: *Consideraciones sobre la poesía popular cubana*, *El romance como producción artística en Cuba* y *Romances españoles conservados en Cuba por tradición popular*, y que cada uno de ellos es un estudio acabado de la materia que comprende y demuestra una gran labor de investigación y un profundo espíritu crítico. Un tomo de 132 páginas, impreso en la Habana en la Imprenta del siglo XX.

PUBLICACIÓN NOTABLE

EL MUNDO FÍSICO

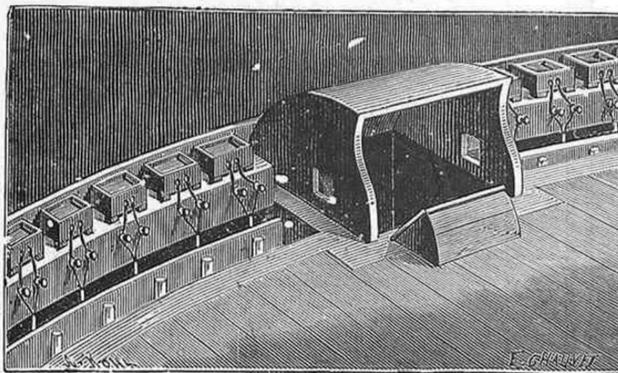
POR AMADEO GUILLEMIN

TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGÍA, FÍSICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

Esta importante obra es el tratado más completo y moderno de cuantos fenómenos físicos se presentan en la naturaleza, así de los que parecen más insignificantes como de los que suspenden el ánimo con sus poderosas manifestaciones. Escrita en estilo sencillo, descartadas de ella todas las demostraciones matemáticas para hacer más comprensibles las leyes y teorías de dichos fenómenos a toda clase de lectores y acompañada de gran número de grabados que representan máquinas, aparatos y cuantos inventos se han hecho hasta el día en el terreno de la Física, es un verdadero trabajo de ciencia popular, claro y preciso, que instruye deleitando y que



Muestra de los grabados de la obra. - Audiciones telefónicas teatrales

Físico podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra. Esta lujosa edición consta de tres tomos ricamente encuadrados con planchas alegóricas y se vende al precio de 45 pesetas pagadas en doce plazos mensuales si así lo solicita el suscriptor.

Se reparte asimismo por cuadernos semanales á cuatro reales uno.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núm. 255, Barcelona

debe figurar en la biblioteca de toda persona amiga de la instrucción.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la Gravedad, explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del Sonido agrega una enumeración de las aplicaciones de la Acústica y de los instrumentos musicales. La Luz da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El Magnetismo y la Electricidad proporcionan ancho campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el Calor nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la Meteorología se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en oajas, para la barba, y en 1/2 oajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN